

Ignacio Izuzquiza

– BALTASAR –

GRACIÁN

LA ILUMINADA BREVEDAD

||x||



Equipo 

Dirección:

Guillermo Fatás y Manuel Silva

Coordinación:

M^a Sancho Menjón

Redacción:

Álvaro Capalvo, M^a Sancho Menjón, Ricardo Centellas

Publicación nº 80-7 de la
Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón

© del texto: Ignacio Izuzquiza Otero

© de las ilustraciones: L. Serrano, S. Liesa, F. Torralba,
C. Villarroya, UNED de Calatayud,
A. y J. Naval, Museo del Prado

I.S.B.N.: 84-88305-69-9

Depósito Legal: Z. 2324-98

Diseño: VERSUS Estudio Gráfico

Impresión: Talleres Editoriales COMETA, S.A.

ÍNDICE



Advertencia primera: una iluminada brevedad	5
UNA BIOGRAFÍA DE INQUIETUDES	7
La época de Gracián: el Siglo de Oro y la decadencia de España	7
La vida de Gracián: los primeros estudios (1601-1636)	10
La vuelta a Aragón y las primeras publicaciones (1636-1646)	13
Los años de la madurez literaria	15
El último año de Gracián	16
BALTASAR GRACIÁN EN PRIMERA PERSONA	19
EL TONO DE LA OBRA LITERARIA DE GRACIÁN	23
Un particular estilo	24
La unidad de la obra de Gracián	29
EL SENTIDO DE LOS ESCRITOS DE GRACIÁN	35
Un tratado de estilo: <i>Agudeza y Arte de Ingenio</i>	35
Un ciclo de tres modelos: <i>El Héroe, El Político,</i> <i>El Discreto</i>	40
Héroe y discreto, modelos para Gracián	47
Una colección de Aforismos: <i>Oráculo Manual</i> <i>y Arte de Prudencia</i>	48
Aforismos de <i>El Oráculo Manual</i>	52
Un libro de devoción: <i>El Comulgatorio</i>	54

UNA NOVELA TOTAL: <i>EL CRITICÓN</i>	57
Una obra de gran dificultad	57
El desarrollo de la novela	61
Los motivos constantes de <i>El Criticón</i>	66
Las lecciones de <i>El Criticón</i> : los grandes temas de la novela	70
Tres fragmentos de <i>El Criticón</i>	77
LA HERENCIA DE BALTASAR GRACIÁN	79
Un aragonés universal	79
La vida como obra de arte	82
La transparencia del individuo	84
La fama como meta	86
La influencia de Gracián en el pensamiento europeo	88
Bibliografía	93

Advertencia primera: una iluminada brevedad



Este breve libro es una invitación a leer la obra de Baltasar Gracián. Fue un jesuita aragonés, uno de los más relevantes escritores de nuestro Siglo de Oro y un enigmático observador de la naturaleza humana. A lo largo de estas páginas se resumirán las etapas de su atormentada biografía, se señalarán los elementos que caracterizan el conjunto de su obra y se expondrá el contenido de sus libros más significativos. Quizás ello pueda ayudarnos a entender la obra de Baltasar Gracián y a advertir su importancia.

Sin embargo, la herencia de Gracián se encuentra oculta entre las páginas de sus libros y exige ser rescatada por quien desee acercarse a sus escritos. Es un legado múltiple, lleno de indicaciones y consejos, adornado con acertijos y alegorías, escondido en los pliegues de un brillante y complejo estilo. Una parte de esta herencia sólo parece válida para la época en la que fue escrita, pero la mayor parte de ella es patrimonio de todos los tiempos y se ofrece a quien quiera descifrarla. Nada podrá entender de Gracián quien se detenga en su estilo o intente desentrañar sus acertijos: deberá más bien aventurarse en la herencia que construyó con su obra y luchar con ella. Un breve libro como éste quiere ayudar a que ese patrimonio quede resaltado, pero

nunca quiere eliminar el esfuerzo que supone advertirlo ni el encontrado sentimiento de admiración y rechazo que Gracián provoca siempre.

Los escritos de Gracián parecen expresar, de muchas formas, una constante idea: sólo la belleza del arte y la literatura puede salvarnos de la mediocridad a la que nos condena la vida. Sus obras animan a cultivar la belleza y a combatir cuanto es mediocre y rutinario. Pero Gracián sabía que la verdadera belleza era breve y contundente. Por ello amaba la brevedad, donde con pocos términos quiere decirse mucho, y en esto su obra hace escuela. Las virtudes que siempre exigió eran virtudes concisas que debían sostenerse por ellas mismas, sin adorno adicional. Su obra es un monumento a la brevedad y su vida parece dominada por la fuerza de cuanto pueda expresarse concisamente. Las páginas que siguen pretenden iluminar esa brevedad que inunda la obra de Gracián, pues ahí se encierran los tesoros y las miserias de quien fue uno de los más universales escritores de España.

UNA BIOGRAFÍA DE INQUIETUDES



LA ÉPOCA DE GRACIÁN: EL SIGLO DE ORO Y LA DECADENCIA DE ESPAÑA

La vida de Baltasar Gracián (1601-1658) transcurre en pleno Siglo de Oro español. En cierto modo, es Cervantes quien abre este periodo, y será Gracián quien lo cierre. Los reinados de Felipe III (1598-1621) y Felipe IV (1621-1665) constituyen el contexto más inmediato de la vida de Gracián. Ya bajo Felipe III se inició una crisis económica y social que hacía recordar con nostalgia el poder alcanzado por España en épocas anteriores. Los reyes dejan el gobierno en manos de validos, la economía se hunde, las riquezas que vienen de América se gastan en pagar las innumerables guerras de la monarquía y la sociedad española entra en un grave proceso de decadencia.

La expulsión de los moriscos, dictada por Felipe III en 1609, deja a España sin su mano de obra más preparada: los campos quedan yermos y los talleres artesanos, vacíos; triunfa la pureza religiosa, pero el empobrecimiento del país parece imparable y la política del Duque de Lerma no hace nada por evitarla. Felipe IV deja el poder en manos del Conde-Duque de Olivares, quien pretende instaurar una monarquía centralista que anule los privilegios de los anti-

guos reinos. Los problemas se suceden: el país se ve implicado en la Guerra de los Treinta Años, Portugal alcanza su independencia y el poder internacional español disminuye con rapidez. En 1640 se produce la rebelión de Cataluña y parte de la antigua Corona de Aragón se levanta contra la política centralista de Olivares, solicitando la ayuda de Francia. La sociedad española se ve aquejada por graves problemas: sumida en el recuerdo de glorias pasadas y cerrada en sí misma, con una nobleza ociosa que vive en la Corte, unas tierras baldías y una estructura de la propiedad que todavía sigue siendo feudal, sin atisbos de modernización. La miseria de gran parte de la población iba en aumento y las ciudades se poblaban de pícaros que sobrevivían con engaños y apariencias.

Junto a esta grave crisis política y social, e íntimamente relacionados con ella, se desarrollarán en España durante la vida de Gracián el movimiento religioso de la **Contrarreforma** y el estilo artístico que conocemos con el nombre de Barroco. La monarquía española se identificó con el triunfo de la Contrarreforma y así la Iglesia católica mantuvo un indiscutido poder, eliminando toda herejía disidente. La Compañía de Jesús, a la que pertenecía Gracián, tuvo en esta época un papel protagonista, con sus colegios, sus confesores y su influencia, en la visión de un catolicismo ortodoxo y triunfante. Al mismo tiempo, la época en que Gracián vive y escribe parece dominada por el **Barroco** y su característi-



*Retrato de Baltasar Gracián conservado
en la UNED de Calatayud (Foto: UNED)*

ca mentalidad, en la que predomina el juego de los contrastes, la construcción de un arte teatral y el valor concedido al artificio frente a la imitación de la naturaleza que fue propia del Renacimiento.

Es una España en crisis, pero en nuestro país florece el **Siglo de Oro**. Los años de la vida de Gracián coinciden con esa explosión artística en literatura y pintura. Cervantes, Lope de Vega, Quevedo y Góngora escriben sus obras al tiempo que Zurbarán, Velázquez y Murillo pintan sus lienzos.

LA VIDA DE GRACIÁN: LOS PRIMEROS ESTUDIOS (1601-1636)

Baltasar Gracián nace el 8 de enero de 1601 en la localidad zaragozana de Belmonte de Calatayud (hoy día llamada Belmonte de Gracián, en honor al escritor). Su familia es aragonesa por todos los costados: su padre, a la sazón médico en Belmonte, es natural de Sariñena y su madre, de Calatayud. Parece que los Gracián tuvieron ocho hijos y, como Baltasar, varios de ellos fueron religiosos. Esta era una salida habitual en la época para quien mostraba cualidades intelectuales y no disponía de bienes o influencia para seguir otro camino en la vida social. Tras estudiar las primeras letras en Belmonte, Gracián proseguirá los estudios en casa de su tío Antonio Gracián, en Toledo.

El 30 de mayo de 1619, Baltasar Gracián entra en el noviciado que la Compañía de Jesús tiene en la ciudad de Tarra-

gona, tras haber presentado —como era preceptivo en la época— una prueba de “limpieza de sangre” que demostrara la ausencia de moriscos o judíos entre sus antecesores, lo que era casi imposible en muchos territorios españoles de aquel tiempo. Comienza entonces su vida religiosa, que transcurrirá con ciertas dificultades y un patetismo sincero. Apenas saldrá de los límites de la provincia jesuítica de Aragón, que comprendía el territorio de la antigua Corona aragonesa (Valencia, Cataluña y Aragón). Los estudios eclesiásticos de la Compañía eran largos y rigurosos, y Gracián los cumple con excelencia. Tras realizar su noviciado en Tarragona, de 1621 a 1627 estudia Filosofía en Calatayud y Teología en Zaragoza. En 1627 es ordenado sacerdote y ocupa su primer puesto de responsabilidad como profesor de Gramática en el colegio jesuita de Calatayud. Parece ser que en este tiempo Gracián redactó algunos borradores de la que será una de sus más conocidas obras: el *Arte de Ingenio*, un tratado de preceptiva literaria, que editará muchos años más tarde.

En 1630 Gracián es destinado a Valencia para realizar el último periodo de la larga formación jesuítica: la llamada “tercera probación”, que antecede a la profesión de los votos solemnes. Allí alcanza fama como predicador y tiene los primeros problemas con algunos jesuitas valencianos a quienes Gracián atribuye sentimientos antiaragoneses. Se inicia entonces una serie de conflictos con la Compañía que



*Retrato de Gracián de la colección Carderera,
probablemente copia del de Calatayud*

no cesarán a lo largo de su vida. De 1631 a 1633, Gracián es destinado a Lérida como profesor de Teología y posteriormente, de 1633 a 1635, enseña Filosofía en el Colegio de Gandía, uno de los centros más importantes de la Compañía en España. Será en 1635 cuando Gracián pronuncie sus votos definitivos como miembro profeso de la Compañía.

ña de Jesús, un grado al que sólo llegaban determinados miembros de la orden que habían mostrado una especial excelencia intelectual y probidad moral. Terminada la larga formación jesuítica, comienza una nueva vida para Gracián.

LA VUELTA A ARAGÓN Y LAS PRIMERAS PUBLICACIONES (1636-1646)

En 1636, Gracián es destinado a Huesca como predicador y confesor. Y en esta ciudad vive algunos de los años más felices e importantes de su vida. Pronto consigue fama de eminente predicador. Pero, ante todo, se hace amigo de algunos de los más relevantes personajes de Huesca. El más importante de ellos es el mecenas Vincencio de Lastanosa, que poseía un espléndido palacio (justo enfrente de la Compañía) en el que organizaba frecuentes encuentros literarios. Gracián alababa y admiraba el valor humano y científico de Lastanosa; su magnífica biblioteca de casi siete mil volúmenes; su “museo” donde guardaba armas, cuadros y otros objetos curiosos; así como sus espléndidos jardines. El contacto frecuente con Lastanosa y otros eruditos oscenses le sirve de estímulo, y es el mismo Lastanosa quien parece animarle a publicar su primera obra. En efecto, en 1637, Gracián publica *El Héroe*, dedicado a Lastanosa, sin autorización de sus superiores y bajo el pseudónimo de Lorenzo Gracián. La obra se edita en la imprenta de Juan Nogués, que publicará la mayoría de sus obras. Pero este primer libro, que no cuenta con la aprobación eclesiástica, supone

a Gracián la primera de una serie constante de reprensiones por editar sus obras sin permiso.

A mediados de 1639, Gracián se traslada a Zaragoza para ejercer como capellán de José María Carofa, Duque de Nochera, virrey de Felipe IV en Aragón. Con este destino se cumplía uno de los rasgos importantes de la actividad jesuítica, que tutelaba espiritualmente a muchos nobles españoles. Acompañando al Duque, Gracián visita por vez primera la Corte de Madrid en abril y mayo de 1640, y queda impresionado por la decadencia de la vida cortesana, que criticará con rigor en sus obras posteriores. Ese mismo año, Gracián asiste sorprendido a la rebelión de Cataluña y a los sangrientos sucesos del «Corpus de Sangre», que levantan a la población de Barcelona contra la política centralista de Felipe IV y su valido, el Conde-Duque de Olivares, e inaugura unos años de intranquilidad política en la antigua Corona de Aragón. Y también en 1640, Gracián publica *El Político*, obra que dedica al Duque de Nochera. A lo largo de 1641, Gracián pasa temporadas en Madrid, donde asiste a su amigo, el antiguo virrey, quien había caído en desgracia por apoyar a los rebeldes catalanes. Es entonces cuando el jesuita aragonés alcanza un notable éxito como predicador en la Corte de Madrid.

En 1642 es destinado al colegio de Tarragona, donde ocupa cargo de vicerrector. Allí publica una primera versión del *Arte de Ingenio*, que será uno de los más importantes

tratados de estilística del barroco literario español y una magnífica representación del conceptismo. Dos años después, en 1644, Gracián marcha al noviciado de Valencia, donde se recrudecen antiguos conflictos, enfrentado a un sector de la comunidad que no ve con buenos ojos las actitudes del jesuita aragonés. Será en diciembre de ese mismo año cuando Gracián, en uno de sus sermones, leerá una carta “recibida del infierno”: una acerba crítica de la hipocresía que reina en la comunidad religiosa de Valencia y que nunca fue perdonada por algunos jesuitas valencianos.

LOS AÑOS DE LA MADUREZ LITERARIA

En 1646, Gracián abandona Valencia y regresa a Huesca. Es el segundo encuentro con su querida ciudad, donde Gracián, al parecer, fue feliz. Allí va a permanecer cinco años, hasta 1651, iniciando la etapa más fructífera de su creación literaria. En Huesca reanuda sus antiguos contactos, aunque la amistad con Lastanosa parece enfriarse por pequeños conflictos. Ese mismo año de 1646, publica *El Discreto* y asiste a la batalla de Lérida como capellán del marqués de Leganés, pronunciando famosos sermones. Un año después, en 1647, publica su colección de aforismos *Oráculo manual y arte de prudencia*, que le hará alcanzar una gran fama y que pronto será traducida a los más importantes idiomas europeos. Y el siguiente año, también sin permiso de sus superiores, publica una segunda edición, mejorada, de su tratado

estilístico, al que ahora titula *Agudeza y arte de ingenio*. Desde 1649, Gracián se ocupará en dar clases de Gramática, Filosofía y Teología moral en el colegio de Huesca.

Regresa a Zaragoza en 1651, para ejercer como profesor de Sagrada Escritura en el Seminario de San Carlos, el colegio de la Compañía de Jesús en la capital de Aragón, todavía en pie en nuestros días. Aquí parece alcanzar una cierta tranquilidad y decide dar a la imprenta su más ambiciosa publicación: *El Criticón*. Esta obra, en forma de novela, tendrá tres partes que serán editadas en 1651, 1653 y 1657, todas bajo pseudónimo y sin el permiso de sus superiores, lo que le supone nuevas reprensiones. En 1655 publica la única obra de contenido religioso y teológico de su producción, *El Comulgatorio*, que cuenta con la debida autorización y es firmada con su propio nombre.

EL ÚLTIMO AÑO DE GRACIÁN

En 1658, tras la publicación de la tercera parte de *El Criticón*, los superiores jesuitas deciden amonestar gravemente a Gracián por incumplir las órdenes de no publicar nada sin permiso previo. Como castigo ejemplar, Gracián es reprendido públicamente y desterrado al colegio que los jesuitas tenían en la población oscense de Graus. Allí pasará Gracián tres meses de profunda crisis personal, sometido a un duro ayuno y aquejado de una grave depresión. Es entonces cuando Gracián solicita abandonar la Compañía de Jesús y pasar a una

orden mendicante. Sin embargo, considerando que el castigo había sido ejemplar y que Gracián mostraba ya el debido arrepentimiento, los superiores levantan su castigo.

Rehabilitado, recibe un nuevo destino en el colegio jesuita de Tarazona, donde ocupará cargos de asistencia espiritual al rector y a la comunidad. Sin embargo, ya se encuentra muy enfermo. Gracián muere el 6 de diciembre de 1658



*Retrato de Vincencio Juan de Lastanosa,
mecenas y amigo de Gracián
(Grabado de Rosell)*

y es enterrado en el colegio de Tarazona. Con él desaparece una de las más notables figuras de las letras españolas del Barroco, un relevante jesuita y un hombre que nunca dejó de expresar su opinión cargada de libertad personal y de constante crítica a la decadencia del tiempo que le tocó vivir. Las etapas de su vida fueron intensas y, con escasas excepciones, apenas salió de los límites de Aragón. Los enfrentamientos con sus superiores fueron constantes, pero nunca dejó de exponer sus propias ideas. Fue un hombre sincero, uno de nuestros escritores más originales y uno de los más sagaces críticos del comportamiento humano.

La publicación de la tercera parte de *El Criticón* sin el permiso de sus superiores provocó que el padre provincial de los jesuitas castigara con rigor a Gracián. Sobre esto se conserva una carta del padre general Nickel que dice:

«Hizo lo que debía dándole reprensión pública, y un ayuno a pan y agua, y privándole de la cátedra de Escritura y ordenándole que saliese de Zaragoza y fuese a Graus [...]. Pues se sabe ya que no ha guardado el [castigo] que se le puso [...], conviene celar sobre él, mirarle las manos [para ver si hay manchas de tinta], visitarle de cuando en cuando su aposento y papeles y no permitirle cosa cerrada en él, y si acaso se le hallase algún papel o escritura contra la Compañía o contra su gobierno [...], le encierre y téngale encerrado hasta que esté muy reconocido y reducido, y no se le permita mientras estuviere [encerrado] incluso tener papel, pluma ni tinta.» (16 de mayo de 1658)

BALTASAR GRACIÁN EN PRIMERA PERSONA



Se conservan unas cuantas cartas de Gracián, algunas de ellas de su puño y letra, a través de las cuales se pueden conocer retazos de su personalidad. Vemos en ellas al Gracián “de todos los días”, no al escritor ni al filósofo de los libros impresos. Los tres pasajes seleccionados muestran el disgusto que le producía la Corte de Madrid, el orgullo por su experiencia guerrera y sus preocupaciones por lo que hoy llamamos “derechos de autor”:

Gracián y la Corte

La mala opinión de Gracián sobre el ambiente cortesano que rodeaba a ministros y nobles, en especial sus criados, se muestra en esta carta a Lastanosa:

«Yo no los he menester a estos sujetos; ellos a mí no sé. Me volvería con mucho gusto al estudio de Vm.; todo es embeleco, mentiras, gente soberbia y vana, que les parece que no hay hombres ni mundo sino ellos. Yo soy poco humilde y zalamero, y así los dejo estar.» (Madrid, 28 de abril de 1640)

Gracián como hombre de acción

Gracián no fue, ni mucho menos, un pacífico hombre de letras preocupado únicamente por sus libros; también participó, como capellán, en un famoso enfrentamiento militar: la batalla de Lérida, librada en 1646. Así la describe Gracián en una carta enviada a un jesuita de Madrid:

«Cuando yo supe que íbamos a embestir, habiendo hecho alto todos los escuadrones enfrente de banderas, me fui de uno en uno y les hice breve exhortación [...]. Luego los absolvía y aplicaba el jubileo de las misiones que había publicado. Fue esto de tanta importancia, que se levantaban gritando: «Peleemos. ¡Viva el rey nuestro señor y la santa fe Católica!» Que arrojaban en alto los sombreros. Venían a porfía por mí los maeses de campo para que les diese ánimo a su gente y absolverlos; y hubo cabo que dijo que importó tanto esto como si se les hubieran añadido 4.000 hombres más. Para esto me dejó el Señor solo de todos los religiosos que envió S. M. por el señor Patriarca, que todos enfermaron y otros hizo prisioneros el enemigo. Prosiguiendo el suceso, se determinó que se embistiese el miércoles, día de la Presentación y que fuese de noche [...]. Con esta resolución salimos del alojamiento al anochecer, dejando todo el bagaje y carruaje en un valle [...]. Corría un viento furioso y frío que nos derribaba de los caballos [...]. Íbamos callando, sin atambores ni clarines, por desmentir al enemigo [...].»

Sigue el relato de la batalla, con detalle de los combates y el balance de las bajas; la misiva termina así:

«[...] que lo más vi yo porque estuve exhortando los tercios así como iban entrando a pelear; por señas que dieron dos balas de artillería en el mismo donde yo actualmente estaba entonces, y muchas balas de mosquete que pasaban zumbando.» (Lérida, 24 de noviembre de 1646)

Gracián y el dinero de los libros

Escribe a Lastanosa sobre los ingresos que espera sacar de uno de sus libros:

«Ya por mi cuenta no ha de ir cosa, sino por los mercaderes, y que me pague el original y sacar algo de la dedicatoria, que el pasado me ha valido en esto 100 escudos libres y horros. Sólo Pablo de Parada me ha dado en dinero y presentes 80 escudos y muchas gracias; verdad es que es amigo de primera clase.» (Zaragoza, 12 de febrero de 1652)

A handwritten signature in black ink, reading "Baltasar Gracián". The signature is written in a cursive, flowing style with a large initial 'B' and a long, sweeping tail.

EL TONO DE LA OBRA LITERARIA DE GRACIÁN



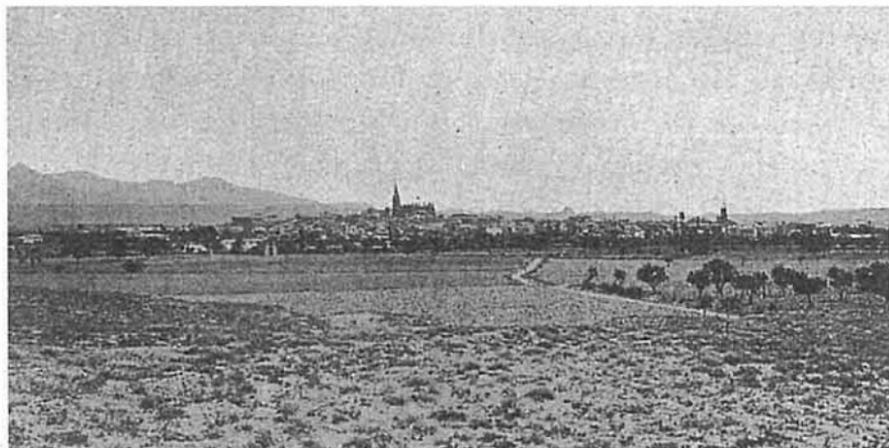
Analizar el conjunto de los escritos de Baltasar Gracián no es un ejercicio fácil. Para ello, deben tenerse en cuenta algunos rasgos comunes que caracterizan el conjunto de su obra, así como su estilo, muy peculiar. También es necesario conectar algunos de los elementos esenciales de su producción con la época histórica en que vivió. Y, asimismo, conviene considerar que las diferentes obras de Gracián parecen guardar una conexión entre sí que es necesario destacar. Junto a todo ello sobresale un elemento importante: la universalidad de muchos de los temas de Gracián, que no se limitan a un momento histórico ni a una localidad geográfica determinada, lo que convierte a nuestro autor en un ejemplo del análisis de la personalidad humana. Pero este último aspecto será estudiado en el capítulo cuarto. Lo anunciamos aquí, pues esa universalidad de temas es un rasgo importante de los escritos de Gracián, a pesar de su vida “provinciana”.

Consideremos, pues, algunos aspectos generales de la obra de Gracián, como son la peculiaridad de su estilo literario y la estructura del conjunto de su obra. Estos dos ele-

mentos pueden ofrecer el “tono” que tiene la obra de Gracián. Seguidamente estudiaremos el contenido de sus obras principales.

UN PARTICULAR ESTILO

Gracián es, junto a Cervantes, Lope, Calderón, Quevedo y Góngora, una de las plumas más importantes del Siglo de Oro de nuestras letras. Su estilo literario es claro ejemplo del denominado “conceptismo”, que suele oponerse al llamado “culteranismo”. Gracián y Quevedo son un ejemplo del conceptismo. Góngora, por el contrario, es ejemplo de culteranismo. Estos dos estilos, que explicaremos a continuación, son característicos del Barroco español.



Huesca, ciudad muy querida por Gracián (Foto: Viñuales)

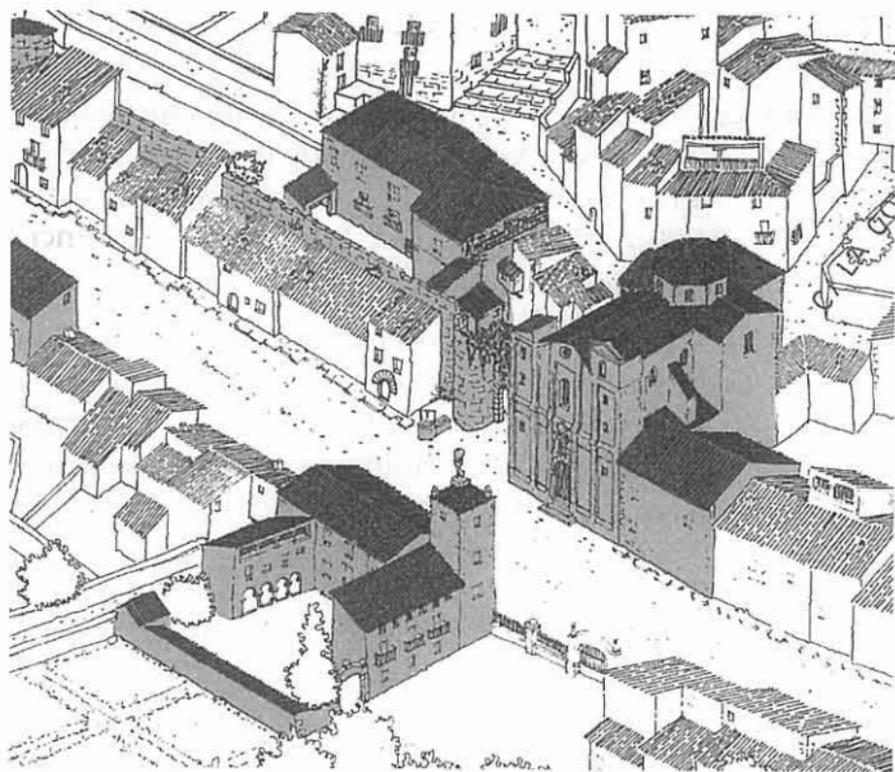
La tradición del Barroco en literatura supone un cambio importante respecto de los valores del Renacimiento. Las normas renacentistas proponían la imitación a la naturaleza, cultivando un estilo ponderado que seguía las reglas clásicas de construcción de la obra literaria. Por el contrario, el Barroco instaura la primacía del artificio frente a todo tipo de imitación de lo real. En la tradición del Barroco, una obra literaria es, ante todo, aquella que sintetiza diferentes perspectivas artísticas y une distintas formas literarias para construir una obra de arte total. Para lograr tal finalidad, era muy apreciado el recurso a la mitología clásica, la construcción de una abultada teatralidad y el uso continuo de llamativos contrastes.

En la tradición española, como hemos apuntado, dos escuelas de estilo pretendían cumplir la tradición de artificio y creación total que debían cumplir las obras literarias: el culteranismo y el conceptismo. El **culteranismo**, representado por Góngora, hacía un sobrecargado uso de adjetivos, metáforas y largos periodos expresivos para conseguir un aspecto "culto": se sorprendía al lector por la dificultad intencionada de la obra. Por el contrario, el **conceptismo** pretendía lograr la teatralidad y la creación propias de la obra barroca de un modo diferente: destacaba, ante todo, el valor de la concisión, la formación de sorprendentes conceptos, el uso del juego de palabras y el empleo continuado de antítesis. El conceptismo era una

escuela de brevedad, que se centraba en el dominio del verbo como elemento central de la expresión; el culteranismo, por el contrario, desembocaba en un original estilo alambicado, que empleaba mil adjetivos y complementos para captar la atención del lector.

Gracián es, junto a Quevedo, un eximio representante del conceptismo. De ahí que el estilo de sus obras sea deliberadamente conciso. Pero conseguir la brevedad en la expresión no supone eliminar el contenido que se pretende comunicar. Gracián cultiva siempre el ejercicio de decir lo máximo que pueda de un asunto empleando el verbo justo y los necesarios sustantivos para su empeño: ni adorna lo que desea expresar, ni es partidario del exceso de palabras. Tal concentración de significados no resulta, en muchas ocasiones, sencilla para un lector de nuestro tiempo, que ve abrumado cómo Gracián apura al máximo las posibilidades léxicas de un nombre o un verbo, fiel a su mandato de brevedad y concisión. Gracián es, en suma, un asceta de los medios expresivos.

Para conseguir tal efecto de brevedad, no duda en emplear aliteraciones y en realizar lo que, en apariencia, parecen ser juegos de palabras que destacan el valor de lo que en ellas se quiere decir. La concisión querida por Gracián está, en otras ocasiones, indicada por oposiciones y contrastes e ingeniosas antítesis, que permiten al lector capturar un significado determinado o el sentido de una



Gracián vivió en Huesca en la residencia de los jesuitas, junto a la Compañía, donde luego se construyó el Banco de España. Justo enfrente estaba el palacio de Lastanosa con su biblioteca, colecciones y jardines («Quien no ve casa Lastanosa, no ve cosa»). Tomado de Huesca s. XVIII, de A. y J. Naval

expresión. Gracián hace, también, un uso muy personal (y, en ocasiones, gratuito) de la etimología de las palabras, lo que le permite ofrecer nuevos sentidos de unas voces mil veces empleadas en el lenguaje ordinario. Asimismo, no

duda en proyectar muchas referencias alegóricas y simbólicas que proceden del mundo clásico, y que resultan ajenas a quien no domine el ámbito de la literatura clásica griega y romana. Todos estos elementos dificultan la lectura directa del texto de Gracián, ya que someten al lector a una deliberada tensión para hacerle capturar lo esencial con la menor cantidad de recursos literarios.

Junto a estas dificultades, que hacen ardua la lectura de Gracián, es preciso señalar otra que se encuentra presente en toda su obra: su maestría en la invención de **correspondencias** y **relaciones**, extrañas a primera vista pero que, según su opinión, enseñaban a ver de un modo nuevo aquello que siempre se había considerado de la misma forma. Toda la obra de Gracián anima al descubrimiento de esas relaciones nuevas y sorprendentes, elementos esenciales que son, además, parte principal de ese “buen gusto” que tanto le importaba y de la forma de vida que Gracián pretendía defender. En la creación de esas correspondencias ingeniosas radica uno de los elementos esenciales de su estilo, junto a la brevedad y la concisión.

Los elementos señalados conforman parte del estilo conceptista de Gracián y son los que constituyen, a un tiempo, señuelo de fascinación y objeto de rechazo por parte de los lectores contemporáneos. No hacen nada sencilla la lectura directa de las obras de Gracián: conviene tenerlo en cuenta para no llamarse a engaño. Pero, asimismo, de la

concisión debe surgir la capacidad de establecer sorprendentes relaciones y la necesidad del concepto, es decir, la necesidad de formar una perspectiva que permita comprender la realidad. Gracián no pretende nunca limitarse a la creación de un elemento estético o literario: la literatura, para él, será el camino para formar determinados conceptos fundamentales que permitan comprender de un modo nuevo la realidad y actuar en consecuencia con esa comprensión. En todas sus obras sobresale el valor de esa perspectiva conceptual, que se opone al mero artificio literario propio del culteranismo. Y de ahí la principal dificultad de la lectura de Gracián: para leerlo, y degustarlo, es preciso mantener una constante actitud mental, un ejercicio intelectual de reposada simetría, de calculada brevedad, de exigente ascetismo; y todo ello debe desembocar en esa “agudeza de ingenio” que es la forma de pensar que él intentó enseñarnos.

LA UNIDAD DE LA OBRA DE GRACIÁN

Junto a su estilo, hay que indicar otro elemento que permite entender el tono de la obra de Gracián: la conexión existente entre sus obras. No se trata de una unidad sistemática, ya que no tenía la pretensión de crear un sistema filosófico o un cerrado universo literario. Pero en su obra hay una serie de líneas de fuerza que otorgan unidad a sus diferentes escritos.



La Compañía de Huesca y el antiguo Banco de España vistos desde la calle Moya

Como ya se ha señalado, toda la obra de Gracián se encuentra dominada por la voluntad de transformar en meta de vida una determinada forma de estilo: el conceptismo ya descrito (breve, conciso, realista, de relaciones novedosas y esclarecedoras). Esto puede parecer un simple elemento de preceptiva literaria, tan propia de la época del Barroco europeo, en la que abundaban los manuales de estilo y los resúmenes de urbanidad. Pero no es así. Una de las más ambiciosas obras de Gracián es su *Agudeza y arte de ingenio*, publicada en su forma completa en 1642. Esta amplia obra no es sólo uno de los más importantes tratados literarios del Barroco español, sino la confesión de un estilo que debía ser trasladado a la práctica para convertirse en forma de vida. Muchas de las

obras de Gracián quedan unidas por esa voluntad de estilo, que señala el valor del ingenio, la necesidad de la brevedad, la obsesiva formación de conceptos valiosos y la urgencia por crear correspondencias adecuadas que deben ser interpretadas y descifradas. La *Agudeza* es, también, un tratado del “buen gusto”, que debía convertirse en exigencia de creación artística y en forma de vida práctica. Es por eso que esta obra tiene una importancia fundamental y planea, en cierto modo, sobre el conjunto de los escritos de Gracián.

Hay una trilogía fundamental entre sus libros, la compuesta por *El Héroe* (1638), *El político Don Fernando* (1640) y *El Discreto* (1646). Estas tres obras forman una unidad. En ellas se exponen los rasgos del ser humano ejemplar: el que resulta excelente en todos los campos de la vida o **héroe**; el **gobernante**, aquel que sabe dirigir (y que el aragonés Gracián no duda en encontrar en la figura del también aragonés Fernando *el Católico*); y el que sabe llevar una adecuada vida social y que es **discreto** en su comportamiento cívico. En realidad, los tres libros se encuentran presididos por cuanto afirma el ideal de héroe, y todos ellos encarnan un ser humano que será, posteriormente, analizado con mayor detalle en *El Criticón*. Héroe, político y discreto son ejemplos de un comportamiento que deberá ser visto como cumplimiento de agudeza y de rigor conceptista.

Pero Gracián siempre ha estado preocupado por la moral y por el análisis de las condiciones que debe tener un comportamiento adecuado. En esto no se encuentra alejado de otros ilustres moralistas europeos del siglo XVII y XVIII, que consideran el análisis del comportamiento humano como uno de los asuntos de mayor interés para el estudio. Es evidente que en las obras anteriores hay muchas referencias a los modos de comportamiento del hombre. Pero será en una de sus más originales obras, la llamada *Oráculo manual y arte de prudencia* (1647), donde Gracián exponga, en forma de agudos aforismos, sus opiniones sobre las costumbres humanas. Allí se reúnen muchas de las apreciaciones de libros anteriores. De hecho, el *Oráculo* puede considerarse un compendio que resume los principios morales necesarios para llevar una vida “adecuada”, según las normas de la agudeza y del estilo: en suma, la expresión de lo que Gracián entendió como una existencia digna. No es extraño que el *Oráculo* fuera su obra más admirada: en ella se exponían reflexiones certeras sobre el desprecio de algunas convenciones sociales y la importancia de labrarse un estilo propio.

El Criticón es la gran obra de Gracián. Publicada en tres partes, como ya se ha indicado (entre 1651 y 1657), es una gran novela de carácter alegórico, en la que Gracián expone la evolución del ser humano desde su estado natural a su nivel de “persona”. Llena de metáforas, esta obra mues-

tra a la perfección las exigencias del estilo conceptista y muestra un conjunto de ideales de vida. *El Criticón* ocupa un lugar central en su producción literaria y es, en cierto modo, un resumen de todo lo anterior. Puede decirse que constituye un testamento alegórico de cuanto Gracián considera relevante y de cuanto desea transmitir, y todas sus obras anteriores pueden verse reflejadas en ella.

El Comulgatorio, publicado en 1655, es su última obra (si exceptuamos la tercera parte de *El Criticón*). Se trata de un libro de devoción que contiene un conjunto de meditaciones para acompañar a los distintos momentos de la eucaristía cristiana. En realidad, es la única obra de carácter religioso del jesuita y se diferencia claramente del resto de su producción escrita. En ella no se atiende a cuestiones prácticas, ni se proponen modelos de comportamiento determinados. Pero este libro muestra un refinado dominio del lenguaje y las meditaciones que lo forman son exponente del estilo y del “buen gusto” que Gracián exigió siempre, al tiempo que una sincera expresión de devoción religiosa, tan importante en la España de la Contrarreforma.

Ya hemos presentado el conjunto de la obra escrita de Gracián, señalando su estructura general. Una clara voluntad de estilo se encuentra expresada en la *Agudeza y arte de ingenio*; tres modelos de esa vida concebida con estilo y buen gusto se hallan reflejados en las tres obras tituladas

El Héroe, El Político y El Discreto; el análisis del comportamiento humano orienta los aforismos que forman el *Oráculo*; y todas las ideas anteriores se encuentran presentes en esa novela filosófica de amplio alcance que contiene gran parte de las ideas de Gracián: *El Criticón*. *El Comulgatorio* parece una obra olvidada, pero en ella se encuentra el Gracián religioso más sincero que habla en primera persona, sin necesidad de pseudónimos, como alguien que cree y reza empleando la agudeza y viviendo según las normas de la discreción.

EL SENTIDO DE LOS ESCRITOS DE GRACIÁN



UN TRATADO DE ESTILO: *AGUDEZA Y ARTE DE INGENIO*

Una de las más conocidas obras de Gracián se encuentra dedicada a dictar normas de estilo literario y a mostrar ejemplos de correcta expresión escrita. Es decir, se trata de un manual de «preceptiva» literaria. Parece ser que comenzó a preparar esta obra cuando daba clases de Gramática en el colegio de Calatayud, en 1630. La primera versión, titulada *Arte de ingenio, tratado de la agudeza* fue publicada, con el pseudónimo de Lorenzo Gracián, en 1642. Una segunda edición, con nueva estructura e importantes adiciones, apareció en 1648, esta vez con el título que conocemos hoy día: *Agudeza y arte de ingenio*. La obra se compone, en su versión más completa de 1648, de 63 discursos diferentes sobre las distintas formas de contar, con agudeza, una idea dictada por el ingenio. Es uno de los más importantes tratados literarios del Barroco español, y en él se muestran los rasgos del estilo conceptista que tanto defendió Gracián.

La *Agudeza* es, pues, un libro sobre el ingenio y su modo de expresarlo. Sin embargo, ¿qué es lo que entiende Gracián

por **ingenio**? Con este término designa el aspecto más creativo del entendimiento humano. El “ingenio” debe cultivarse y ejercitarse siempre, ya que no es algo natural que se tenga por nacimiento, y se expresa en el “concepto”. El **concepto** que el ingenio crea no es más que un artificio que corrige los defectos de lo que es meramente natural; pretende encontrar determinadas correspondencias y relaciones, expresando contrastes y armonías artificiales y artísticas. El “ingenio” es, por tanto, la capacidad de mejorar lo que se encuentra en la naturaleza mediante la elaboración de correspondencias y relaciones. La **agudeza** es la máxima expresión del ingenio y consiste en la elaboración de correspondencias originales que permiten descubrir relaciones, armonías y contrastes que no ofrece, en una primera consideración, la naturaleza.

Con su concepto de “ingenio”, Gracián pone en práctica una de las tesis esenciales del Barroco: la necesidad de que la naturaleza sea mejorada por el arte. Esta obra le da una gran fama y le convierte en el máximo representante de la llamada “estética conceptista”. Sin embargo, el aspecto literario de la obra no debe llamar a engaño: es mucho más que un tratado de estilo, pues el concepto de “ingenio” atraviesa toda su obra, y la necesidad de construir bellos conceptos que mejoren la percepción directa de la naturaleza se encuentra presente en toda su obra. Más aún, el ejercicio del ingenio se convertirá en una norma para una vida adecua-

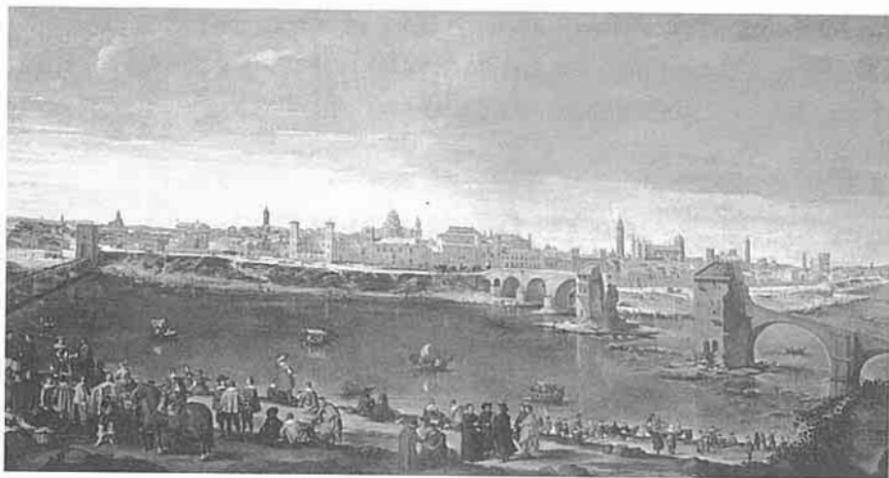
damente construida, y tendrá múltiples traducciones en su obra. En este sentido, la *Agudeza y arte de ingenio* es una obra que marca un camino del que Gracián no se apartará nunca: la exigencia de pensar y actuar según las normas del ingenio. Es decir, la necesidad de elaborar armonías, contrastes y correspondencias adecuadas que iluminan la realidad natural y que obligan a pensar de un modo determinado y a vivir, también, de acuerdo con unas reglas de las que el buen gusto será un elemento esencial.

Junto a esta intención general, debemos recordar que el sentido inmediato de la *Agudeza y arte de ingenio* es ofrecer un método para contar lo que el ingenio elabora. Por ello, Gracián expone diversos modos para expresar el concepto y escribir de un modo “agudamente ingenioso”. Presenta, como se ha dicho, diferentes formas de agudeza, y ofrece una gran cantidad de ejemplos, tomados de las letras españolas y europeas. Entre sus fuentes principales se encuentran los clásicos latinos, los grandes historiadores y poetas de la Antigüedad clásica, los emblemas de Alciato y los sermones de la tradición jesuítica. Pero también se encuentran citas de Marcial, Don Juan Manuel, Mateo Alemán, Luis de Camões, Lope de Vega, Quevedo, y los hermanos Argensola. El poeta latino aragonés Marcial, Góngora, Lope y Camões son considerados por Gracián casos eximios de agudeza. Es el suyo un ejercicio de extremado refinamiento, siempre desde el convencimiento de que

sólo el arte y la literatura podrán salvar al ser humano de la mediocridad de la existencia cotidiana.

En el conjunto de referencias que nos ofrece en este tratado, cabe destacar una serie de temas que afectarán a su propia producción literaria. Se trata de rasgos, casi mandamientos, que deben compartir las creaciones artísticas y los productos del verdadero ingenio. Indicaremos cuatro de ellos. En primer lugar, es necesario que el estilo se encuentre dominado por la **brevedad** y la concisión; un estilo que destaque la relevancia del nombre y el verbo frente a los adjetivos y a los complementos verbales. En segundo lugar, el escritor debe hacer uso de la **erudición** y obtener sus referencias de las máximas, emblemas, alegorías, así como tomar ejemplo de otros autores consagrados de la historia de la literatura. En tercer lugar, una verdadera creación debe producir una cierta **sorpresa** en el lector y no debe limitarse solamente a seguir determinadas reglas. En cuarto lugar y último lugar es siempre preciso que el **buen gusto** domine la creación literaria; un gusto que equivale al dominio del equilibrio y del término medio que haga imposible cualquier extremismo poco conveniente.

Tratado literario y exposición de reglas de estilo. Eso es, en primer lugar, la *Agudeza y arte de ingenio*. Pero, a pesar de su apariencia, no es sólo un tratado de preceptiva literaria. Aquí se encuentran apuntadas muchas de las ideas que Gracián mantendrá toda su vida. Y, en especial,



Zaragoza a mediados del siglo XVII (óleo de Juan Bautista del Mazo)

aparece ya la necesidad de que el ejercicio del ingenio y la elaboración de armonías y correspondencias adecuadas sean el triunfo del arte, lo que permitirá al ser humano pensar y llevar una existencia adecuada y alejada de la mediocridad.

En suma, Gracián piensa que el artificio propio del arte ha de lograrse con preparación y esfuerzo; que nunca está dado, sino que es necesario aprenderlo y perfeccionarlo. Con su ejercicio, el ser humano podrá liberarse de las ataduras de la naturaleza y de la vulgaridad en la que tantas veces está encerrada la vida humana y la práctica social. Sólo como artista podrá ser salvado el hombre, como alguien que es capaz de emplear su ingenio elaborando

conceptos y llevando al máximo el ejercicio del ingenio que será convertido en un “arte de agudeza”; como alguien que sólo será él mismo cuando sea capaz de vivir con estilo y con buen gusto.

UN CICLO DE TRES MODELOS: *EL HÉROE, EL POLÍTICO, EL DISCRETO*

Bien puede decirse que las tres obras de Gracián que ahora comentamos forman un bloque temático. Son obras publicadas en tiempos diferentes, todas bajo el pseudónimo de Lorenzo Gracián: *El Héroe* (1637), *El Político* (1640) y *El Discreto* (1646). Escritas en diferentes circunstancias de su vida, como ya se ha señalado, poseen un denominador común: exponen los rasgos de excelencia que Gracián considera necesarios en un entendimiento y un comportamiento ejemplar. Son libros de edificación, donde se analizan distintas perspectivas de la virtud que el ser humano puede alcanzar; y ello, en tres circunstancias diferentes: la generalidad heroica del comportamiento humano, la conducta política intachable y el adecuado trato en sociedad. El “héroe” representa el máximo exponente de las calidades humanas; el “político” traduce esas cualidades heroicas en el campo de la política; el “discreto” es el reflejo de quien sabe comportarse en sociedad y, especialmente, en la sociedad cortesana de la época. Conviene no olvidar que cuanto Gracián había afirmado del ingenio en su *Agudeza* sigue siendo válido aquí. Eso sí, con una diferencia: en estas tres obras se insis-

te en la necesidad de plantear un comportamiento práctico que debe estar siempre regido por el ingenio y el buen gusto. Describamos cada una de ellas.

El Héroe

Gracián publica la primera edición de *El Héroe* en 1637. La obra no tenía permiso de sus superiores, estaba firmada bajo el pseudónimo de Lorenzo Gracián y dedicada a su gran amigo Vincencio de Lastanosa. Es un libro de pequeño formato, está organizado en torno a veinte capítulos que denomina “primores” y, como dice Gracián, tiene un “largo alcance”. La obra presenta al lector la imagen ideal de un sujeto heroico y propone numerosos modelos tomados de la historia, como Alejandro Magno, Julio César, Carlos V, etc. Claro está que los valores que Gracián destaca en los distintos “primores” o cualidades de excelencia son los propios de un héroe católico, acorde con los valores de la Contrarreforma. En todo el libro se concede una gran importancia a la necesidad de labrarse una fama adecuada y construir una “fachada de distinción”, que debe corresponder al valor interior. El héroe siempre parece distanciado del vulgo, elimina cualquier tipo de familiaridad con la gente corriente y mantiene una actitud estoica ante las circunstancias de la vida. Siempre actúa según las leyes del término medio, sabe elegir lo correcto en cada situación y nunca se limita a imitar a los otros. En realidad, Gracián construye la figura heroica destacando un

conjunto de cualidades e insistiendo en los aspectos pragmáticos de la conducta del héroe. Llama la atención este interés dedicado al comportamiento, que será constante en toda su obra. El estilo del libro es complejo y representa los valores concisos del conceptismo; se encuentra lleno de elementos retóricos, de correspondencias y de referencias eruditas a personajes del pasado. Personajes que son propuestos como guías, pero nunca como modelos a imitar, pues cada héroe debe forjarse su propia norma de comportamiento.

Esta obra tuvo una gran influencia en la literatura del siglo XVII y fue conocida por autores como Corneille y Schopenhauer. En 1652 fue traducida al inglés.

El Político

El Político, Don Fernando el Católico fue también publicado bajo el pseudónimo de Lorenzo Gracián en 1640, y está dedicado al Duque de Nochera. Esta obra traduce, en el terreno concreto de la política, las cualidades analizadas en el héroe. La obra presenta cincuenta cualidades diferentes, organizadas en torno a las principales virtudes (fe, prudencia, justicia, fortaleza y templanza) que Gracián combina y hace corresponder “ingeniosamente” con diferentes partes del cuerpo. En cierto modo, es un manual para políticos. Es importante advertir que esta obra se encuentra dedicada a analizar la figura de Fernando *el Católico*. Y ello de un modo intencionado, pues en el libro se muestra el orgullo arago-

nés que siempre le caracterizó. Para él, Aragón fue siempre “madre de héroes” y el rey Fernando, uno de sus hijos más relevantes. Pero al describir los rasgos ideales de Fernando de Aragón, Gracián pretende también criticar la situación política de su tiempo, recordando las glorias pasadas del imperio español y criticando la penosa situación de la realidad que le tocó vivir. Como afirman los estudiosos de Gracián, esta obra es una mezcla de biografía, historia y crítica de la situación política de su tiempo.

En esta obra, como en otras suyas, Gracián emplea una importante erudición y hace continuas referencias a los his-



Portada de la edición de El Político, de 1640



Portada de la edición de El Político, de 1646

toriadores de la Antigüedad (en especial, Plinio y Tácito). Algunas de las cualidades señaladas para un adecuado comportamiento político son, por ejemplo, que debe tener una amplia educación en el conocimiento de los clásicos, al modo renacentista; que ha de defender la diplomacia frente a la guerra; o que ha de preferir la delegación del poder al centralismo administrativo. Como ya señaló en su descripción del héroe, Gracián piensa que un verdadero político debe hacerse indispensable para su pueblo y debe cons-

104. *El Político Fernando*, de vn Ludovico Moro, dióles por su comer a cada vno, y atzofo al cabo con la ganancia.

Fue Era de Políticos, y Fernando el Catedrático de Prima. Digo político, prudente, no político astuto, que es grande la diferencia.

Vulgar agravio es de la política el confundirla con la astucia, no tiene algunos por sabio, sino al engañoso, y por mas sabio al que mas bien su po fingir, disimular, engañar,
no

De Lorenzo Gracian. 105 no advirtiendo que el castigo de los tales, fue siempre perecer en el engaño.

Dos Idolos, dos Oraculos de la política veneran los Estadistas a Tiberio, y a Luys encarecen su disimulación, exageran su artificio, mas yo atribuyo esta reputación de políticos, mas al comento de sus dos escritores, que fueron Tacito, y Comines, que al acierio de sus hechos.

Siempre tuve por inutil, y aun

Das páginas de El Político, librito de gran éxito en la época

truirse una fama y una reputación intachables. Rasgos, todos ellos, que ya no se encontraban en tiempo de Gracián y cuya ausencia había provocado la decadencia de la monarquía hispánica. Pero rasgos, al fin y al cabo, que cumplió de modo ejemplar Fernando *el Católico*, rey de Aragón, modelo olvidado en la decadente España de Felipe IV.

El Discreto

El Discreto fue publicado, también bajo el pseudónimo de Lorenzo Gracián, en 1646, durante su segunda estancia en Huesca. La obra contaba, eso sí, con el permiso de los superiores y la correspondiente censura eclesiástica, y está dedicada al príncipe Baltasar Carlos. A lo largo de veinticinco capítulos, que Gracián denomina “realces”, se analizan una serie de virtudes necesarias para llevar una adecuada vida social y, en especial, una vida cortesana. Es, pues, un tratado de urbanidad en el que se analizan las condiciones necesarias del trato en sociedad. Y esos “realces” son los aspectos destacados de lo que Gracián considera una vida de discreción. Esta obra presenta un conjunto de normas de urbanidad, al estilo de los manuales de educación clásicos (de los que *El Cortesano* de Castiglione es un ejemplo), donde se insiste en la necesidad de comportarse adecuadamente en el trato con los demás. El libro conoció pronto un gran éxito y fue pronto entendido como un manual para la vida cortesana. No en vano su primera traducción al francés, realizada en 1685, llevaba por título *El hombre de corte*.

Pero *El Discreto* es un libro peculiar, ya que el análisis de la vida social y la exposición de las virtudes necesarias para ello encierran una consideración general sobre la naturaleza del hombre que tiene un gran interés. De hecho, el ser humano se muestra como es en el trato social y es ahí donde podrán analizarse sus rasgos más destacados. Cada uno de los realces expone, en contrapunto y en diferente estilo literario (alegorías, sátiras, fábulas, diálogos, cartas, etc.), un vicio y una virtud de la vida en sociedad, adornada con múltiples ejemplos. La descripción de las debilidades humanas es muy acerada y Gracián parece recrearse en una consideración negativa de las mismas.

En esta obra, Gracián distingue entre el genio y el ingenio, plantea la necesidad de “estar siempre en punto”, de no ser un bufón y de huir de todo tipo de extravagancia. Asimismo, destaca con claridad que la virtud no es nunca algo que se tiene por nacimiento, sino que ha de adquirirse con esfuerzo. El discreto debe siempre realizar elecciones adecuadas, y también debe cultivar una actitud intelectual que le permita elaborar abstracciones y criticar las falsas novedades de la moda. También se ven aquí, de un modo ejemplar, muchos de los principios que caracterizaban el estilo de la *Agudeza y arte de ingenio*, pues el discreto siempre deberá comportarse según las leyes del ingenio: el último capítulo o “realce” tiene una especial importancia. En él se plantea un resumen de la vida que debe llevar el discreto. Ésta tiene

tres etapas fundamentales: en la juventud debe hablar y estudiar a los autores del pasado; en la madurez, tratar con los demás en los compromisos sociales; en la vejez, hablar consigo mismo en un edificante soliloquio.

HÉROE Y DISCRETO, MODELOS PARA GRACIÁN

Gracián pensaba que el héroe debía tener siempre algo de “misterio” y no debía ser siempre accesible. Por eso, afirma:

«¡Oh varón cándido de la fama! [...]. Todos te conozcan, ninguno te abarque; que con esta treta, lo moderado parecerá mucho, y lo mucho infinito, y lo infinito más.» (*Héroe*, 1)

Así describía Gracián las etapas de un hombre discreto:

«Mide su vida el sabio como el que ha de vivir poco y mucho. La vida sin estancias, es camino largo sin mesones [...]. La misma naturaleza, atenta, proporcionó el vivir del hombre con el caminar del sol; las estaciones del año, con las de la vida; y los cuatro tiempos de aquél con las cuatro edades de ésta. Comienza la primavera en la niñez, tiernas flores, en esperanzas frágiles. Síguese el estío caluroso y destemplado de la mocedad [...]. Entra después el deseado otoño de la varonil edad, coronado de sazonados frutos, en dictámenes, en sentencias y en aciertos. Acaba con todo el invierno helado de la vejez, cáense las hojas de los bríos, blanquea la nieve de las canas, hiélanse los arroyos de las venas, todo se desnuda de dientes y cabellos, y tiembla la vida de su cercana muerte. De esta suerte alternó la naturaleza las hedades y los tiempos [...]. Célebre gusto fue el de aquel varón galante que repartió la comedia (su vida) en tres jornadas, y el viaje de su vida en tres estaciones. La primera la empleó en hablar con los muertos. La segunda, con los vivos. La tercera, consigo mismo.» (*Discreto*)

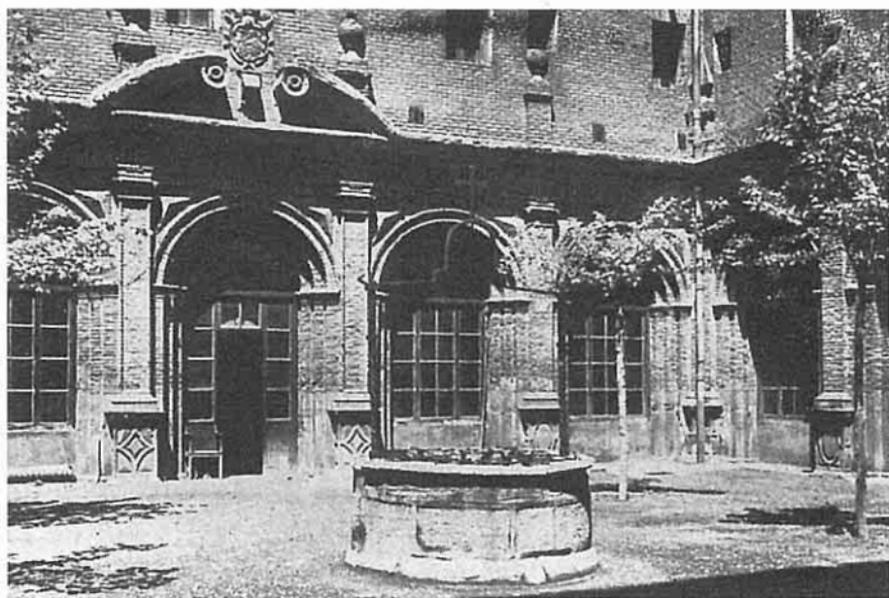
UNA COLECCIÓN DE AFORISMOS: *ORÁCULO MANUAL Y ARTE DE PRUDENCIA*

Una de las más interesantes y originales obras de Gracián es un conjunto de aforismos titulado *Oráculo Manual y Arte de Prudencia*, que Gracián publica, esta vez con licencia (aunque también bajo el pseudónimo de Lorenzo Gracián), en 1647. La obra contiene trescientos aforismos, de los cuales sólo setenta y dos proceden de anteriores escritos de nuestro autor. En esta obra, Gracián utiliza al máximo las posibilidades expresivas de su estilo, que se revela con una admirable concisión. Hace así del aforismo una expresión literaria de gran belleza y muestra los rasgos de lo que considera una forma de vida adecuada. Esta fue una de las más influyentes obras de Gracián: conocida por los grandes aforistas y moralistas franceses del siglo XVII como La Rochefoucauld o La Bruyère, fue también admirada por el filósofo alemán Arthur Schopenhauer como uno de los libros más certeros de la historia de la literatura.

¿Qué expone Gracián en esta colección de aforismos? Ni más ni menos que lo que se dice en el título: el arte de la prudencia. Es decir, un conjunto de indicaciones para una vida redimida por el valor del gusto y del buen artificio. El *Oráculo* es un manual de estilo en la vida práctica, lleno de sugerencias, con ejemplos abundantes y con la brillantez de una concisión que se muestra con toda su fuerza. Cada uno de los aforismos es un concentrado de corres-

pondencias y posibilidades de interpretación. En esta obra, Gracián quiere hacer de la vida humana un campo de análisis dominado por la indicación y nunca por el mandato. Un elemento central atraviesa toda la obra: la atención a los asuntos prácticos de la vida (y aquí vuelve a mostrar la influencia estoica y tomista que tan bien conocía) y una consideración notablemente cínica sobre la naturaleza humana y la vida social. No hay apenas referencias al más allá y, como ocurre en la mayoría de su obra, lo que Gracián desea es mostrar la importancia que tiene llevar una vida adecuada en la que sea posible mostrar niveles, cada vez mayores, de agudeza. En cierto modo hay un tono pesimista: Gracián tiene una opinión desfavorable de la naturaleza humana, de la sociedad, y muestra esta actitud negativa en toda su obra. Pero este aparente pesimismo se convierte muchas veces en un agudo realismo que permite criticar gran parte de los hábitos de convivencia y de conducta que nuestro autor consideraba inadecuados.

El conjunto de los trescientos aforismos no presenta una estructura determinada y los temas, algunos recurrentes, se suceden sin aparente orden. Entre ellos siempre está presente la crítica a una vida social vacía, que se realiza por el mero deseo de la figuración y de la ostentación; las críticas de Gracián al imperio de la apariencia social son constantes: tal enfermedad no parece tener más medicina que la de advertir esa apariencia y luchar contra ella. También se plan-



Patio del Seminario de San Carlos, regentado todavía hoy por los padres jesuitas

tea la exigencia de alcanzar una cultura verdadera para poder vivir adecuadamente: el valor del ejercicio intelectual es constante en toda la obra de Gracián y vuelve a manifestarse aquí; para ello, el conocimiento de la historia antigua y de la literatura, así como una notable capacidad de abstracción, son siempre elementos necesarios. La necesidad de saber elegir bien y de mantener en todo el justo medio son exigencias de una vida adecuada, que debe huir de todo extremo como si de un enemigo a combatir se tratara: los excesos parecen siempre prohibidos en la obra de Gracián.

Como ya se ha señalado, la preocupación moral es constante en la obra de Gracián y ocupa un lugar preeminente en esta colección de aforismos. Por ello, no es extraño que otorgue un valor especial a la virtud y que concluya su obra con una referencia al “santo”, que llena el último aforismo de la serie: «La virtud es cosa de veras, todo lo demás, de burlas [...]. Vivo el hombre, le hace amable; y, muerto, memorable». Curiosamente, no parece haber en este concepto de virtud un trasfondo religioso o un componente trascendente. Y es que a Gracián siempre parece interesarle el hombre de carne y hueso. Nunca se pierde en consideraciones espirituales, y prefiere atenerse a lo que todos debemos vivir. En cualquier caso, los aforismos del *Oráculo* componen un extraordinario cuadro de observaciones sobre el comportamiento humano, que Gracián devuelve al lector para que pueda encontrar en ellas una guía de conducta.

Una última indicación sobre el *Oráculo* concluirá este comentario. La obra está formada por aforismos o breves textos en los que se expone una idea con la máxima concisión y el apoyo de ciertos ejemplos. El uso del aforismo muestra, en realidad, uno de los rasgos del estilo y del buen gusto a que Gracián apunta en toda su obra. El aforismo encierra la concisión suprema en la expresión y, al mismo tiempo, la máxima densidad de la idea. Además indica, mediante un artificio literario, cómo pueden iluminarse los aspectos más habituales de la experiencia cotidiana. Con sus

aforismos, reunidos en “manual de prudencia”, Gracián quiere ayudar a transformar la mediocridad de la vida humana en una obra de arte. No es extraño que esta obra haya alcanzado un reconocimiento universal. En ella se muestra lo mejor del autor y su más refinada capacidad de observación. Es cierto que en algunas ocasiones la simple descripción va acompañada de la exhortación a vivir de un modo determinado. Pero la brillantez de muchos de sus aforismos rompe el estrecho esquema de una consideración moral, muestra la profundidad del ser humano y, por qué no decirlo, enseña los males de la naturaleza humana y de la sociedad. Que, para alegría de Gracián, no suele encontrar notables diferencias en el curso de la historia. Por ello su lectura puede iluminar, también, nuestra propia época.

AFORISMOS DE *EL ORÁCULO MANUAL*

El *Oráculo Manual* es una fuente continua de sorpresas, prendidas en breves aforismos, que muestran la consideración que tenía Gracián sobre la naturaleza humana y proponen, muchas veces, una guía de conducta. Veamos algunos de ellos:

Cree Gracián que es muy importante saber decir “no”:

«No todo se ha de conceder, ni a todos [...]. Más se estima el no de algunos que el sí de otros, porque un no dorado satisface más que un sí a secas [...]. El No y el Sí son breves de decir y piden mucho pensar.» (*Oráculo*, 70)

No duda en recordarnos que hay más gente tonta de lo que parece:

«El mayor necio es el que no se lo piensa y a todos los otros define. Para ser sabio no basta parecerlo, menos parecérselo: aquel sabe que piensa que no sabe, y aquel no ve que no ve que los otros ven. Con estar todo el mundo lleno de necios, ninguno hay que se lo piense ni aun lo recele.» (*Oráculo*, 201)

Siempre se muestra crítico con quienes quieren vivir con excesiva celeridad:

«El saber repartir las cosas es saberlas gozar. A muchos les sobra la vida y se les acaba la felicidad [...]: querrían devorar en un día lo que apenas podrán digerir en toda la vida. Viven adelantados en las felicidades, cómense los años por venir y, como van con tanta prisa, acaban presto con todo.» (*Oráculo*, 174)

El ser humano debe evolucionar siempre, hasta llegar a “estar en su punto”. Por ello, afirma Gracián:

«No se nace hecho: vase cada día perfeccionando en la persona, en el empleo, hasta llegar al punto del consumado ser [...]. Algunos nunca llegan a ser cabales, fáltales siempre un algo; tardan en hacerse. El varón consumado, sabio en dichos, cuerdo en hechos, es admitido y aun deseado del singular comercio de los discretos.» (*Oráculo*, 6)

Saber emplear la brevedad es una virtud y conviene siempre «no saciar el hambre ni decir todo totalmente». Por ello afirma Gracián:

«Hase de dejar en los labios aun con el néctar. Es el deseo medida de la estimación; hasta la material sed es treta de buen gusto picarla, pero no acabarla. Lo bueno, si poco, dos veces bueno [...]. Única regla de agradar: coger el apé- tito picado con el hambre con que quedó.» (*Oráculo*, 299)

UN LIBRO DE DEVOCIÓN: *EL COMULGATORIO*

Parece que, según confesión propia, Gracián tenía preparados materiales para publicar unas doce obras, de ahí que se hable de los “doce Gracianes”. Pero tan sólo publicó las siete que conocemos. La última de ellas tiene un carácter peculiar: es la única obra de carácter religioso que publica el jesuita y en ella hace gala de un refinado estilo literario, lo que no deja de ser llamativo, como se indicará al final de este breve ensayo. En 1655, tres años antes de su muerte, y dos años antes de que aparezca la última parte de *El Criticón*, publica un libro de devoción. Tiene por título *El Comulgatorio* y fue editado con su nombre y con todas las licencias pre- ceptivas. En el prólogo, de carácter autobiográfico y en el que muestra una especial ternura, Gracián reconoce sólo a esta obra como suya, lo que no deja de ser significativo.

El Comulgatorio presenta un conjunto de cincuenta medi- taciones que pretenden acompañar al comulgante y despertar su devoción con diferentes indicaciones espirituales. No se trata, pues, de una obra teológica, sino más bien de una obra de devoción (que, por otro lado, era un género común

en la época de la Contrarreforma). También alcanzó un notable éxito y fue pronto traducida en otras naciones católicas. Cada una de las meditaciones tiene una estructura semejante: una preparación a la comunión, la meditación sobre la comunión misma, la meditación después de la comunión y la acción de gracias. Se trataba de un esquema habitual en los devocionarios de la época. Pero lo interesante es destacar el estilo y el tono de la obra. Por un lado, Gracián mantiene en ella los rasgos conceptistas, con una diferencia: aquí plantea un estilo cercano al lector y cargado de emotividad. El tono de la obra pretende despertar las clásicas potencias del alma (memoria, entendimiento y voluntad) con el fin de realizar una adecuada meditación que logre modificar la vida y alcance una verdadera devoción. Gracián era un gran predicador (como lo demuestran sus éxitos en Huesca, Lérida, Madrid y Zaragoza) y en esta obra se advierten esas dotes. Muchos de los elementos de la obra parecen proceder de la tradición de los sermones en los que los jesuitas habían destacado siempre. Sin embargo, el tono general de la obra es íntimo, y lo que se pretende es alcanzar una verdadera devoción interior.

Es evidente que este libro muestra la influencia de las técnicas de meditación expuestas por Ignacio de Loyola en sus *Ejercicios Espirituales*. Y Gracián deja sentir esta influencia. Pero nunca se queda en un nivel abstracto cuando considera los sentimientos religiosos; por el contrario, una de sus

máximas pretensiones es acercar a sus lectores los temas bíblicos y traducir a la vida concreta muchos de los misterios más abstractos del cristianismo. Toda la obra posee una gran capacidad plástica, que pretende motivar constantemente al lector. Esta plasticidad tiene un componente adicional: Gracián repite, en algunas ocasiones, temas de sus obras anteriores. Eso sí, aquí en otro tono. Se destaca la necesidad de la humildad, se valoran las heroínas bíblicas, se plantea la exigencia de practicar la virtud, etc. Y es que el autor no olvida que algo tan íntimo como la devoción personal puede traducirse en una forma de vida y cumplir aquellos rasgos de agudeza, heroicidad y discreción que eran para él verdaderas coronas de una vida auténtica. Es como si en esta su única obra de carácter religioso quisiese mostrar, de nuevo, la importancia del ingenio y la necesidad de encontrar correspondencias y armonías donde no parecía haberlas.

UNA NOVELA TOTAL: *EL CRITICÓN*



La más conocida obra de Gracián es una extensa novela que publicó en tres partes, bajo distintos pseudónimos, cuando había alcanzado ya gran notoriedad como escritor. *El Criticón* es una obra de carácter filosófico y alegórico, en la que se encuentran muchos de los temas que le habían preocupado durante su vida. Su impresión aumentó los problemas que Gracián siempre tuvo con sus superiores, quienes le habían prohibido escribir sin permiso. Y la publicación de la tercera y última parte de la obra, en 1657, desencadenó la crisis más grave de su vida y fue motivo de su destierro a Graus. En cierto modo, bien puede decirse que se trata de una novela escrita con la sangre de su propia vida, en la que nuestro autor puso mucho de sí y de la sincera expresión de sus ideas.

UNA OBRA DE GRAN DIFICULTAD

Ya afirmamos que la obra de Gracián no resulta sencilla para los lectores de nuestros días, pero en el caso de *El Criticón* esta dificultad es aún mayor, porque aplica con rigor y profusión los rasgos del concentrado estilo conceptista. La referencia a la mitología clásica, las citas de autores latinos y el empleo de una amplia erudición humanista exige esfuerzos suplementarios al lector. Las alegorías son constantes y

obligan a un continuo trabajo de interpretación. El conocimiento del mundo de su época y, en especial, del carácter de las diferentes naciones y de su geografía es abrumador. El ejercicio de una constante sátira contra las condiciones de la naturaleza humana y, sobre todo, contra las circunstancias de la política y la sociedad de la España de su tiempo está siempre presente y es objeto de diversos episodios. El sentido del humor se encuentra revestido de una ironía que no tiene fácil interpretación. La lectura de la obra se convierte, en realidad, en un ejercicio de dificultad y de ascesis, tras el cual se encuentra el regalo del concepto y del artificio que Gracián siempre pretendió elaborar y que era una de las metas de su concepción vital.

Crisis, crítica, *Criticón*

La novela está estructurada en tres partes diferentes y se compone de treinta y ocho capítulos, a los que Gracián denomina **crisis**. Conviene aquí advertir del sentido simbólico que poseen tanto el título de la obra, *Criticón*, como el de las “crisis” o capítulos. Gracián era un maestro, a veces exagerado y gratuito, en el manejo del juego etimológico. El uso que hace del castellano siempre pretende la elaboración ingeniosa del concepto, que permite advertir correspondencias y armonías antes desapercibidas. Gracián hace uso del conjunto de términos crítica, crisis, crítico y criticón siendo consciente de su etimología. En todos ellos se destaca el sentido de “crítica”, que no es sino una forma de conocer



Plaza mayor de Graus, ciudad a la que fue apartado Gracián por sus superiores

mediante el análisis certero y adecuado, que destroza concepciones comunes y combate tópicos al uso. En griego, “crisis” significa “ruptura”, y “criticar” supone, por tanto, romper lo establecido. O, lo que es lo mismo, destrozar la apariencia para que resalte la fuerza y el interés de la verdad. “Criticón” será aquel que destruya los lugares comunes y haga resaltar la verdadera esencia de las cosas, aquel que cree ingeniosos conceptos que le permitan conocer y vivir bien. En resumen, aquel que aplique la crítica de un modo ejemplar. Y las “crisis” no son sino las etapas de realización de la crítica que plantea el autor y que constituyen, asimismo, las etapas de la novela.

El Criticón es una novela, y como tal está escrita. Pero en ella se emplean diferentes formas de expresión, adobadas

con abundantes referencias eruditas. Es, en realidad, una “obra de arte total”, como quería el gusto del Barroco. Un gran artificio construido mediante la aplicación del ingenio, un ejemplo de la agudeza que siempre defendió. Sus ritmos son variados, sus registros múltiples; es una obra teatral, llena de contenido y con mil sugerencias.

Tema

Ahora bien, ¿cuál es el tema central de la novela? En apariencia, parece sencillo. Gracián describe el viaje que realizan los dos protagonistas de la obra, Andrenio y Critilo, por diversas partes del mundo en busca de la felicidad. El modelo del viaje no era nuevo en la historia de la literatura: ya lo había empleado Homero en *La Odisea* o Quevedo en *Los Sueños*; pero Gracián extiende y eleva este sentido del viaje y hace del mismo un espejo de la naturaleza humana.

La novela describe un “viaje de aprendizaje” realizado en tres etapas, que coinciden con las tres edades de la vida humana: la juventud, la madurez y la vejez. Al realizar este viaje, los protagonistas conocen diferentes lugares y naciones, viven mil peripecias, son guiados por distintos personajes mitológicos y, lo que es más importante, van madurando como personas, hasta llegar al término de la novela, que es también el término de la vida humana: al final, ambos protagonistas han alcanzado la madurez personal y llegan a encontrar la felicidad en la inmortalidad que les reporta una

forma de vivir. Claro es que, en el viaje, han conocido numerosas situaciones, paisajes diferentes, tentaciones diversas y multitud de estímulos que les han hecho conocer la naturaleza del ser humano y las leyes de la sociedad. En este viaje se mezclan, pues, la biografía de los protagonistas, la crítica social, la exigencia de una determinada conducta moral y el ideal de existencia feliz que sólo al final de la vida puede alcanzarse. Una vida que será heroica, discreta, prudente y siempre guiada por el principio de la agudeza.

Era una novela difícil y, a diferencia de otras obras suyas, no tuvo tanto éxito de lectores cuando fue publicada. La obra era un espejo de la España del siglo XVII y del conocimiento que desde ella se tenía sobre otros lugares de Europa. Sin embargo, más allá de esta pretensión histórica, la intención de Gracián fue siempre universal. Describiremos ahora algunos de los momentos más relevantes de la novela, antes de analizar sus motivos constantes y sus principales temas.

EL DESARROLLO DE LA NOVELA

La complejidad de *El Criticón* y la abundancia de sus temas derivados hace difícil ofrecer una síntesis cabal del contenido de la novela. Pero es necesario intentarlo, con el fin de precisar su alcance y de poder señalar sus temas fundamentales. Como ya se ha indicado, la novela relata el viaje que Critilo y Andrenio realizan por diferentes partes de

Europa en busca de la felicidad (conocida en la novela como «Felisinda»), que finalmente encontrarán en la llamada «Isla de la Inmortalidad», sita alegóricamente en Italia. Las peripecias de este largo viaje son relatadas por un narrador que distancia al lector del autor, y que no se identifica necesariamente con la opinión de Gracián. Tal distancia es un artificio retórico de gran importancia, que corresponde a algunos rasgos de la estética barroca y proporciona un sentido teatral a toda la obra.

Personajes

Critilo y Andrenio son los protagonistas, pero cada uno de ellos representa un tipo humano muy determinado. Y, lo que es más interesante, ambos tienen caracteres opuestos que se complementan. Critilo es el primer personaje y representa al hombre racional, reflexivo, crítico consigo mismo y con la sociedad, culto y amante de los libros. Por el contrario, Andrenio representa la felicidad humana en el estado natural: es el hombre intuitivo, que se deja llevar por el sentimiento y desea los placeres fáciles, atiende a la llamada de



Tarazona, última residencia de Gracián

la sociedad y es muchas veces engañado, valora más el sentimiento que la reflexión y es el contrapunto realista a cuanto representa Critilo.

Los cuatro primeros capítulos o “crisis” de *El Criticón* poseen una gran importancia, ya que en ellos se describen los personajes, las circunstancias que les rodean y su propósito al emprender el viaje que van a realizar. En ellos se muestra cómo Critilo ha naufragado en la Isla de Santa Elena, cerca de la costa africana, y encuentra a un salvaje al que llama «Andrenio» que vive en estado natural, sin contacto alguno con la civilización. Critilo educa a Andrenio en los valores de la cultura, la civilización y la sociedad de su tiempo. En suma, el hombre educado y europeo se encargará de educar al “buen salvaje”, un tema que es recurrente en la historia de la literatura y del pensamiento y que se encuentra presente en autores como Daniel Defoe, Jonathan Swift o Jean-Jacques Rousseau. Pero Critilo quiere volver a encontrar a Felisinda, que se encuentra en la alejada Europa, y pide a Andrenio que le acompañe. Embarcan en un navío con dirección a España e inician un viaje que transformará sus vidas: un viaje en busca de la felicidad.

Juventud

La primera parte de la novela comprende trece “crisis”. Representa la juventud de la vida y es la primera parte del viaje. En ella se viven mil peripecias y aventuras, en las que

los protagonistas recorren Castilla y descubren la vida de la Corte de Madrid, guiados en su recorrido por quiméricos personajes. Entre los muchos episodios de interés, destaca la descripción que hace Gracián del ambiente de Madrid y de su Plaza Mayor, considerado un “mundo al revés” donde reina la apariencia y la falsedad. Al final de esta primera etapa, los protagonistas han descubierto algunos de los vicios propios del ser humano y de las virtudes necesarias para ser una verdadera persona.

Madurez

La segunda parte de la novela también se compone de trece “crisis”; representa la madurez de la vida y relata el viaje que Critilo y Andrenio hacen por Aragón hasta llegar a los Alpes italianos, en busca de Felisinda, que se encuentra en Roma. Es interesante la descripción que Gracián hace de Aragón, las excelencias que predica de Huesca (donde describe las maravillas del palacio de su amigo Lastanosa, al que llama en su novela «Solostano») y la descripción del palacio de «Sofisbella» o casa de la sabiduría, donde se encuentran lo más bellos libros del mundo. Asimismo, es notable la crítica que Gracián hace en el capítulo 7, titulado «El yermo de Hipocrinda», de la hipocresía presente en la vida comunitaria de los religiosos, que fue entendida, por algunos jesuitas valencianos, como un directo ataque contra ellos. Asimismo, el capítulo 8 contiene una curiosa descripción del carácter

de las diferentes naciones. Al término de esta etapa, nuestros protagonistas han atravesado Francia y han llegado a los Alpes, con el propósito de alcanzar Roma. Han conseguido descubrir las “leyes de la sabiduría” para convertirse en verdaderas personas y han aprendido que la verdadera sabiduría del hombre consiste en dominarse a sí mismo, como se muestra en el último capítulo de esta parte.

Vejez

La tercera y última etapa del viaje corresponde a la vejez de la vida humana. Sus doce “crisis” siguen relatando mil peripecias, aventuras, encuentros y peligros de los protagonistas, que atraviesan Italia para encontrar a Felisinda. También esta tercera parte se encuentra llena de sugerencias. Especialmente relevantes son la “crisis” cuarta, donde conocen al «Descifrador», que les enseña la importancia de interpretar los símbolos para entender lo que es el mundo y la vida humana; la “crisis” novena, donde se hace la alabanza de Italia y de Roma; y la “crisis” décima, en la que se hace una positiva descripción de la cultura de los antiguos clásicos y donde se afirma, tajantemente, que “no hay nada nuevo bajo el sol”. La última “crisis”, la doce, tiene una importancia fundamental. Andrenio y Critilo han llegado a la Isla de la Inmortalidad y allí aprenden que escapar de la muerte y del olvido es una de las finalidades propias de la vida humana y algo que puede hacer feliz la existencia. Ello supone haber alcanzado la eminencia mediante la práctica

de la virtud y el cultivo del ingenio. Finalmente son admitidos en la Isla de la Inmortalidad, tras haber mostrado todo cuanto han aprendido en el transcurso de su viaje. No han encontrado a Felisinda, pero se han hecho “personas” a sí mismos.

LOS MOTIVOS CONSTANTES DE *EL CRITICÓN*

La gran novela de Gracián posee, cómo no, una serie de lugares comunes que aparecen continuamente a lo largo de la obra. Algunos de ellos son también característicos de otros autores de la época y se encuentran en muchos moralistas. Anotarlos puede servir para entender el sentido de esta novela y, al mismo tiempo, para captar mejor el conjunto de su obra, pues muchos han aparecido en otros libros suyos. Y no es extraño que se repitan, ya que esta novela representa, en cierto modo, un epítome de muchas de sus obras anteriores.

Indicaremos algunos de estos motivos, que se repiten con cierta frecuencia, sin pretender agotarlos. En *El Criticón*, el mundo es considerado un teatro, en el que se representan las diferentes vidas de hombres y mujeres y donde, muchas veces, reina la apariencia sobre el verdadero ser: es el triunfo del “parecer” sobre el “ser”. Por otro lado, la vida humana es considerada un transcurrir temporal y, con frecuencia, es tratada como un viaje, con etapas determinadas, cada una de las cuales tiene sus propias características. La muerte tiene una presencia activa en *El Criticón*: es una creadora de

igualdad, que se encuentra más allá de cualquier diferencia humana. Y la inevitabilidad de la muerte obligará a los personajes de Gracián a vivir su existencia como una preparación para su final.

El análisis de la sociedad ocupa un lugar muy importante en la novela del jesuita aragonés. Toda la obra puede ser considerada como una crítica de la vida social y, en especial, de los vicios sobre los que se construye el comportamiento social ordinario, que parece un monumento edificado a la vanidad, lleno de fatuidad y de pretensión. Gracián es un crítico feroz de las convenciones sociales que no cumplen el ideal de conducta que reflejó en *El Discreto* y en el *Oráculo*, y que ya tuvimos ocasión de analizar. Casi nada bueno encuentra Gracián en la sociedad, y no ahorra dardos contra su estructura. De particular importancia es su análisis negativo de la corte y de los usos cortesanos. Pero también lo será la crítica contra las convenciones de la vida monástica y clerical. La novela expresa también un amargo desengaño por los falsos logros de la sociedad, los que nunca poseen esa “fachada de distinción” que Gracián siempre exigió.

Junto a este análisis negativo de la sociedad, el autor mantiene una serie de juicios y apreciaciones sobre el sentido de la historia y el carácter de las naciones. Es muy consciente de que está viviendo en una época de decadencia política y no deja de añorar épocas pasadas en las que la historia de

España era más gloriosa. Y, sobre todo, es consciente de que la política centralista de Felipe IV y su valido, el Conde-Duque de Olivares, resulta nefasta para el desarrollo de España. Junto a ello, Gracián escribe siempre como aragonés orgulloso de su pasado y de las tradiciones pactistas del reino de Aragón. Por ello no duda en criticar el centralismo del gobierno y el olvido de los antiguos privilegios aragoneses. Ya lo indicó en otras obras, pero este tema se repite, de nuevo, en *El Criticón*. Asimismo, Gracián enjuicia los diferentes países, de los que sólo sale bien parado Italia, por cuanto representó en la Antigüedad y por ser el lugar donde se encuentra la cabeza de la Iglesia Católica. Junto a todo esto, no duda en indicar que la sabiduría de los clásicos y de las obras de los autores antiguos es preferible a la de su propio tiempo. Hay, en suma, un componente de nostalgia por el pasado, que se encuentra unido a la crítica constante del tiempo presente. De alguna manera, para construir el futuro y para vivir de manera adecuada será necesario imitar a los grandes modelos de la Antigüedad. En este sentido, Gracián representa un capítulo más de la famosa polémica entre antiguos y modernos, que estallará con fuerza un siglo después en el ámbito del pensamiento europeo.

La referencia al valor del individuo es constante en toda la obra de Gracián. Se ha dicho, con razón, que el jesuita aragonés es un individualista extremado, posiblemente por las influencias estoicas que siempre tuvo. Pero hay mucho

más: vivir de manera independiente, de acuerdo con determinadas normas, es la finalidad que propone toda la novela. Andrenio y, en especial, Critilo representan el valor de seres que sólo alcanzarán una verdadera salvación si viven su vida como individuos. Esto supone apartarse de los tópicos, despreciar a la masa, criticar la falsa vida social y poseer un adecuado sentido de la historia. Señalar la preeminencia del individuo supone, también, atender a la importancia de la suerte o “fortuna” y construirse un mundo propio según las leyes del artificio, del buen gusto y del obrar virtuoso y equilibrado. Y, como veremos más adelante, para todo esto Gracián no tiene empacho en afirmar que el ser humano debe vivir su existencia en la tierra, así que su novela no proporciona fáciles consuelos religiosos. Este es un elemento llamativo en la obra del religioso aragonés y algo que no deja de llamar la atención en una época que, como la suya, se encontraba dominada por creencias religiosas.

LAS LECCIONES DE *EL CRITICÓN*: LOS GRANDES TEMAS DE LA NOVELA

Considerar los motivos repetidos en *El Criticón* no ahorra el esfuerzo de señalar los grandes temas que se esconden en esta importante obra. Expongamos algunos de ellos, con la pretensión de introducir al lector en el núcleo mismo de la novela. Para ello nos será preciso, como Gracián quería,

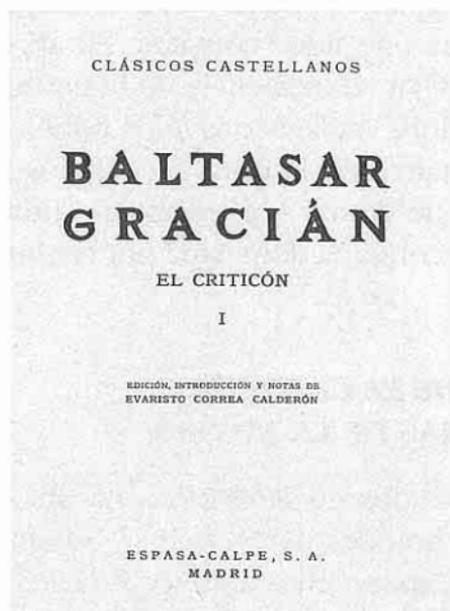
“descifrar” e interpretar muchos de los pasajes de la obra y rescatar su sentido. Enumeraremos algunos de estos temas, que constituyen, en cierto modo, lecciones de la novela de nuestro autor.

El carácter contradictorio del ser humano

Los protagonistas de la obra son dos figuras simbólicas: Critilo y Andrenio. Ambas prefiguran dos modos del ser humano que resultan, en cierto modo, opuestos. Es como si

Gracián pretendiera, con ello, mostrar la dualidad que siempre se encuentra presente en el ser humano. Por un lado, somos lo que parecemos ser, por otro, somos diferentes cuando nos encontramos a nosotros mismos. En todo ser humano hay lucha, oposición, contraste y dualidad. Este tema ocupa un lugar decisivo en la novela de Gracián.

¿Cuál de los dos protagonistas es más cercano a la mentalidad de Gracián?



Portada de El Criticón en la edición de E. Correa, Madrid, 1971

¿Cuál es el que será siempre defendido? Ése es Critilo. Y es que, en cierta medida, Critilo parece representar al mismo Gracián: es independiente, introverso, espiritual, tranquilo, racional y posee una especial madurez. Por el contrario, Andrenio se muestra débil y dependiente de muchos estímulos y pasiones, es extroverso, se encuentra apegado a los bienes y realidades materiales; es inquieto y busca la distracción continua, es emotivo y parece no haber alcanzado nunca la madurez. Critilo será un modelo a imitar. Pero no olvidemos que, al final de la novela, se salvan los dos personajes, porque eso es lo importante, y ahí radica uno de los elementos de la genialidad de Gracián. De nuevo triunfa el cumplimiento de la oposición, pues a Gracián le interesa construir la correspondencia y la armonía, y salvar la dualidad del ser humano. En esto se muestra un gran realista y un certero conocedor de la naturaleza del hombre.

El valor supremo de la Naturaleza

Gracián no resta elogios al valor de la naturaleza. El mismo Andrenio, criado en contacto directo con ella, ejemplifica esta alabanza. No deja de asombrarse el autor del valor de la naturaleza, de su orden, de su perfección, y ve en esto un signo de su creador. En cierto sentido, Gracián alaba la naturaleza porque le permite alabar a Dios y reconocer su existencia.

Sin embargo, la valoración que se otorga a la naturaleza, a sus dictados y principios, no deriva del reconocimiento de un Dios creador. Gracián sabe bien que estos principios no pueden despreciarse y que el mismo ser humano debe seguir sus dictados. El valor concedido a la naturaleza es el contrapunto del interés de Gracián por el ser humano. Ambos deben ser compensados, pero nunca sustituidos. En una gran parte de su novela, Gracián parece confesarse un naturalista acérrimo. Aquí se encuentra de nuevo su influencia estoica y las consecuencias que de ello se derivan.

La sociedad es fuente de corrupción

El valor que Gracián concede a la naturaleza es el contrapunto necesario al desprecio que siente por la sociedad y por la mayoría de sus convenciones. Pocos, como Gracián, son tan críticos con la estructura de la sociedad humana y muestran tan amargo desengaño frente a ella. En cierto modo, puede decirse que Gracián la considera siempre mala y como algo que debe ser combatido. Toda la obra se encuentra llena de estos análisis, y esta maldad de la sociedad se encuentra adornada con múltiples alegorías. En cierto modo, el mismo estilo concentrado de Gracián no hace sino resaltar esta opinión negativa, que alcanza su cima cuando se analizan las convenciones cortesanas, los usos de la vida religiosa, las formas de gobierno o la situación de permanente crisis en la que vive la España de su tiempo.



*Gracián fue profesor en el Seminario de San Carlos
de Zaragoza (Foto: Soco Liesa)*

Es necesario aprender a ver en forma nueva

En *El Crítico* es extraordinariamente importante el ejercicio de la crítica constante, como ya hemos dicho. Y lo es porque en la novela, como había indicado en otras obras anteriores, se pretende destacar la importancia del “saber ver”, de elaborar una crítica que se deriva de un modo nuevo de conocer y de entender. Así podrá detectarse la vanidad de las apariencias, combatir las ilusiones falsas, destruir los prejuicios infundados y anular falsos modelos históricos. En suma, este nuevo modo de ver sólo podrá ejercitarse como crítica de lo que parece valioso a primera vista y de cuanto es valorado sin fundamento alguno.

El mundo es un verdadero almacén de mentiras y de falsedades: es “fuente de engaños” y “yermo de hipocresías”; siempre se encuentra dominado por la falsedad de la apariencia. La construcción de un nuevo modo de ver logrará descubrir el significado negativo de tantas cosas antes valoradas y permitirá observar con nuevos ojos y nuevos instrumentos de interpretación.

La meta de la vida humana: “llegar a ser persona”

Ya hemos visto que la novela muestra un viaje y que sus etapas se corresponden con las distintas etapas de la vida humana. Pero este viaje, y la propia obra, tienen una finalidad determinada, que Gracián desvela en el último capítulo

de la obra: “llegar a ser persona”. Pero esto exige una explicación: en efecto, Gracián tiene un gran respeto por el ser humano, pero considera que si éste no transforma sus tendencias, no modifica su conducta y no aprende a ver y observar de un modo nuevo, se quedará en eso, en ser solamente hombre. Y como tal, no hará más que maldades y sólo podrá construir una sociedad llena de engaños. Sin embargo, “ser una persona” es superar el nivel natural del ser humano, y equivale a ese ser hombre ideal que ya describió en sus figuras de héroe, de político y de discreto, para el que dictó las magníficas máximas de su *Oráculo*.

La verdadera persona será el ser humano que encuentre en sí mismo la ley de su gobierno, que se muestre independiente, que alcance el verdadero sentido de las cosas y que actúe según los principios de la prudencia y de la razón. En suma, se trata de un hombre con un estilo propio, un comportamiento ejemplar y heroico, una acendrada discreción y una capacidad de labrarse su propio “buen gusto”. Sólo entonces podrá ser salvado del olvido, que es la muerte verdadera para Gracián, y podrá liberarse de los males que aquejan a la sociedad.

El valor del propio esfuerzo

Pero el esfuerzo por llegar a ser persona no tiene límites y nunca podrá ser ahorrado. Se trata de algo personal y que compete, tan sólo, al propio ser humano. De hecho, Critilo

y Andrenio son mil veces engañados, sortean peligros, caen en numerosas trampas mortales; es cierto que son ayudados por diferentes guías y que siempre encuentran algún socorro en medio de las dificultades. Pero son ellos quienes deben completar su viaje en busca de Felisinda. Es decir, son ellos quienes deben realizar el esfuerzo de su propia transformación. Nuestro autor es muy claro en esto: sólo con esfuerzo puede un hombre llegar a ser persona y puede el genio llegar al ingenio.

Gracián nunca recurre a elementos que aparten al ser humano del esfuerzo que debe realizar para transformarse en persona. De ahí que no sea extraña la atención que presta al comportamiento moral y a la necesidad de orientar la práctica, como también la fuerza de su crítica contra las convenciones sociales. El hombre se encuentra, en cierto modo, solo ante su destino, y nadie puede sustituirle. Lo que sea, deberá alcanzarlo con su propio esfuerzo y en él verá la recompensa de su definitiva transformación. Sólo así conseguirá ver el mundo y la sociedad de un modo nuevo. Y, lo que es más importante, se verá a sí mismo de una forma diferente, más certera y transparente.

TRES FRAGMENTOS DE *EL CRITICÓN*

El *Criticón* se encuentra lleno de vívidas descripciones, observaciones ingeniosas y agudas reflexiones sobre la naturaleza humana. Propongamos tres ejemplos:

Así describe Gracián algunas ciudades españolas de su tiempo:

«La abundante Zaragoza, cabeza de Aragón, madre de insignes reyes, basa de la mayor columna de la fe católica en santuarios y hermosa en edificios, poblada de buenos, así como todo Aragón de gente sin embeleco, parecíale muy bien; pero echaba mucho de menos la grandeza de los corazones y espantábale aquel proseguir en la primera necesidad. Agradábale mucho la alegre, florida, noble Valencia, llena de todo lo que no es sustancia; pero se temió que con la misma facilidad con que la recibirían hoy la echarían mañana.» (*Criticón*, 1.10)

Un sabio nunca puede estar contento siempre:

«¿Quién vió jamás contento a un sabio, cuando fue siempre la melancolía manjar de discretos? [...]. Los que más saben conocen mejor los males y lo mucho que les falta para ser felices [...]. Así que no ha de buscarse la alegría en el rostro del sabio: la risa sí que la hallaréis en la del loco.» (*Criticón*, 3.9)

Nunca ahorra calificaciones negativas a la naturaleza humana:

«Sólo el hombre tiene juntas todas las armas ofensivas que se hallan repartidas entre todas las fieras, y así él ofende más que todas [...]. Entre los leones y los tigres no había más de un peligro que era perder esta vida material y perecedera; pero entre los hombres hay muchos más y mayores: ya de perder la honra, la paz, la hacienda, el contento, la felicidad, la conciencia y aun el alma.» (*Criticón*, 1.4)

LA HERENCIA DE BALTASAR GRACIÁN



Una vez que hemos analizado el conjunto de la producción escrita de Gracián, podemos destacar algunos elementos que atraviesan toda su obra. Estos elementos son, en realidad, su herencia. Estudiándolos podremos calibrar la trascendencia de nuestro autor y, lo que es más importante, podremos emplear algunos de los rasgos de su pensamiento para reflexionar con ellos, si es posible, otros rasgos propios de nuestro tiempo.

UN ARAGONÉS UNIVERSAL

Con la excepción de algunas breves estancias en Madrid, Gracián no salió nunca de los límites de la antigua Corona de Aragón. Un territorio que recorrió en múltiples ocasiones y que parecía conocer bien, si atendemos a las etapas de su vida. Calatayud, Lérida, Valencia, Gandía y Tarragona acogieron años importantes de la vida de Gracián y fueron testigos de su actividad. En Huesca tuvo la suerte de contar con un buen grupo de amigos y con un mecenas como Llastanosa, y en Zaragoza vivió los años de su madurez personal y literaria. Es cierto que Gracián cambió muchas veces de residencia, pero su existencia quedó limitada al territorio

de la circunscripción jesuítica de Aragón, y nunca viajó al extranjero. Fue la suya, como diríamos hoy, una vida provinciana.

Aragón ocupó siempre, para él, un lugar importante. Gracián se sentía aragonés y daba continuas muestras de ello. Cultivaba ese sentimiento con orgullo y eso pudo costarle, como ocurrió en Valencia, algunos disgustos graves. Sus obras se encuentran llenas de referencias positivas sobre Aragón. Precisamente como aragonés, Gracián analizará la historia de su época y el pasado de su nación. Es decir, desde Aragón, Gracián juzga la historia y el presente de su



Belmonte de Gracián, localidad natal del filósofo (Foto: Luis Serrano)

tiempo. Para el pasado no tiene más que elogios, y no duda en recordar continuamente las glorias del antiguo reino de Aragón y su tradición pactista. Para el presente, sin embargo, no ahorra críticas sobre la situación de la política y la sociedad española del siglo XVII, que consideraba nefasta y en franca decadencia.

Ahora bien, esta limitación provinciana de su vida parece transformarse cuando se analiza su obra, pues ésta tiene un carácter universal. Gracián aprovecha la fuerza que le otorga un territorio cargado de historia y de ancestrales costumbres, como es Aragón, para convertirla en impulso que le permita construir perspectivas universales, pues la obra de Gracián es todo menos particular y provinciana. Le interesa el aspecto general de la existencia humana, así como la historia y sus desarrollos; en suma, convierte su acendrado particularismo regional en un estímulo para pensar universalmente. Parece, con ello, recordar que los más grandes aragoneses fueron siempre universales y traspasaron las fronteras de su tierra para vivir una existencia que nunca fue provinciana. Gracián alcanzó la fama no por ser aragonés a secas, sino por ser un aragonés universal. Quizás pensaba que su origen debía ser un acicate para reírse de todo particularismo mezquino y provinciano. Semejante universalidad es, por descontado, una importante lección de Gracián. Y quizás pueda ser pensada, de nuevo, en nuestro tiempo.

LA VIDA COMO OBRA DE ARTE

Gracián siempre creyó en la superioridad del arte y de la literatura para poder salvarse de los límites que la naturaleza nos impone. Estaba convencido de que el arte es la salvación del ser humano y que el refinamiento, que supone la creación ingeniosa de los conceptos, debe ser convertido en una norma de vida. Ello equivale a decir que cada uno tiene que cultivar su propio estilo para poder vivir de un modo adecuado. Cada uno debe, en suma, crear su propia fachada de distinción que tiene que corresponderse a un interior de refinamiento artístico y de perspicaz ingenio.

Es curioso destacar este rasgo, que va más allá de la estética del Barroco, en un autor tan preocupado por el comportamiento y la moralidad. Para el moralista Gracián, será la construcción de un propio estilo, el cultivo del ingenio, lo que puede salvar la vida y hacerla soportable. Lo dijo al hablar del héroe, del político y del discreto; lo confirmó en multitud de aforismos de su *Oráculo* y no cesó de recordarlo en abundantes pasajes de su *Criticón*. La vida real deberá ser concebida como una obra de estilo, es decir, tiene que verse como una obra de arte. En esto consiste su repetida afirmación de que siempre es necesario “estar en punto”. O, lo que es lo mismo, construir una vida como obra de arte que huya siempre de los extremos, pues los extremos no son nunca, por ellos mismos, armonía. Y Gra-

cián invitaba siempre a construir la vida como un ejercicio de armonía que se cultivara con un estilo propio.

Pero disponer de un estilo propio y hacer de la vida una obra de arte exige un elemento importante, que no pasa nunca inadvertido a Gracián. Como ya se ha indicado, la “agudeza” supone el máximo ejercicio del ingenio, y éste no es otra cosa que la construcción adecuada de comparaciones, correspondencias y armonías que destaquen lo oculto en la naturaleza y saquen a la luz la riqueza de la existencia. Quien se comporte según las leyes del ingenio y la agudeza podrá elaborar comparaciones y correspondencias, si sabe descifrar e interpretar lo que a todo el mundo le parece evidente. Quien viva con estilo será capaz de hacerlo. Y es que la vida concebida como obra de arte supone siempre poder interpretar y descifrar adecuadamente lo que nos rodea para encontrar su verdadero sentido. El estilo que debe moderar toda la vida deberá ser, también, un estilo para descifrar y para interpretar. En esto consiste el arte, que ya no es sólo una simple imitación de la naturaleza, sino una creación propia para poder iluminar lo más interesante de la naturaleza y de la vida humana. Es éste un mandato que mantiene una inusitada actualidad, y que parece fue entendido por los lectores contemporáneos de Gracián. Quizás pueda ser entendido también por quienes lo leemos hoy.

LA TRANSPARENCIA DEL INDIVIDUO

Gracián es un extremado individualista. Tan sólo reconoce el valor del individuo, y siempre dudará del valor de la sociedad o de la naturaleza a la que el individuo particular no pueda conformarse. Por eso su obra parece ser una lección dictada al oído de quien quiera leerla y todas sus abundantes digresiones no son sino distracciones para volver de nuevo al tema que más le preocupa: ser hombres y mujeres de verdad. O, lo que es lo mismo, “llegar a ser personas”.

Pero ser un verdadero individuo no resulta nada fácil. Gracián lo sabe bien. Por eso no deja de insistir en que debemos construirnos a nosotros mismos con esfuerzo. Sin él no hay nada interesante. Nuestra vida como obra de arte, nuestra vida cultivada con estilo, deberá ser el resultado de un arduo ejercicio y de una ascesis constante. Gracián es muy realista y sabe que muchos de los peores enemigos para llegar a su meta se encuentran en el interior del mismo ser humano. Tan sólo con esfuerzo podrá hacerse el ser humano transparente a sí mismo y podrá vivirse como obra de arte, pues en esto consiste el mandato de “llegar a ser persona”, tan querido de Gracián.

Quizás sea la conciencia de la dificultad de ese esfuerzo la causa de que Gracián dedique tantas páginas a señalar normas de comportamiento y actitudes morales. Realmente, Gracián

es uno de los mayores escritores moralistas de la historia. Esto, que tantas veces puede ser un acierto, puede convertirse en una extraordinaria limitación, pues la reflexión moral puede llegar a coartar la universalidad y puede desembocar en la elaboración de códigos de conducta que dicten lo que es necesario hacer. Y parece, lo diremos de nuevo, que este impulso de minucioso moralista le ha hecho, muchas veces, daño a Gracián y a la divulgación de su obra. Pero tal objeción parece desvanecerse cuando se considera que Gracián analizó con rigor la conducta humana para poder hacer que el ser humano fuera transparente. En el núcleo de tal transparencia se encontraba la necesidad de actuar siguiendo las normas de la razón, de saber elegir bien y de cultivar las leyes del término medio y del equilibrio. Pero, sobre todo, la posibilidad de ver, de manera nueva, la realidad de la naturaleza y de la sociedad. Pues cuando el individuo se hace transparente a sí mismo, hace que cuanto le rodea pueda ser comprendido. Por ello Gracián fue capaz de describir, como pocos lo han hecho, los males que aquejan a la vida social y que encierra al ser humano en una maraña de vanidades y deseos falsos.

En esta atención al individuo, a su propio esfuerzo y a su comportamiento, Gracián no recurre casi nunca a Dios. Es significativo que el religioso jesuita introduzca tan pocos elementos teológicos en su obra, y se ha hecho notar de modo constante por sus críticos. Y es que Gracián no desea mezclar planos. El ser humano debe redimirse a sí mismo

con su esfuerzo, debe hacerse transparente y elaborarse como una obra de arte. Para ello le bastan sus fuerzas. Gracián no se engaña: sabe bien que la verdadera religión no deberá ocuparse de minucias prácticas, que un correcto espíritu religioso nunca se contentará con devocionarios que prometen soluciones inmediatas. Dios y la religión no permiten arreglar lo que sólo el ser humano puede resolver con su esfuerzo, no con remedios mágicos de las debilidades humanas.

LA FAMA COMO META

Ya vimos que Gracián concluye su *Criticón* con la entrada de Critilo y Andrenio en la «Isla de la inmortalidad»: son admitidos en ella, pues ya se han convertido en personas. Este episodio es mucho más que una alegoría o un simple símbolo. Gracián considera que la fama y la reputación son las coronas de una vida adecuada y que el máximo castigo es el olvido. Y que el ser humano debe siempre construirse una «fachada de distinción». Quizás haya aquí mucho de la propia experiencia de Gracián y de los episodios de su vida, pero es significativo señalarlo. En cierto sentido, Gracián estaba muy preocupado por la reputación, y en esto muestra un rasgo del entorno jesuítico de la época de la Contrarreforma. Los jesuitas dominaban las instituciones educativas más importantes y atendían espiritualmente a reyes y nobles en todas las cortes de la Europa católica y

sus colonias. Semejante concentración de poder llevó, como es sabido, a graves problemas y a no pocas exageraciones. Gracián parecía creer que la construcción de la fama es un asunto de trascendental importancia, hasta el punto de que cuando se posee una buena reputación y se ha alcanzado notoriedad, casi nada resta por hacer.

Gracián piensa de esa manera y sabe que el olvido y la fama son los dos polos opuestos de la existencia humana. Claro que también sabe, por sus análisis morales y su descripción de la sociedad, que nada hay más difícil que conseguir una reputación debidamente fundamentada. Ya dedicó atención a este punto en sus análisis del héroe y del discreto, pero, sobre todo, lo hizo en su análisis del político. Para poder gobernar bien era imprescindible labrarse una reputación adecuada y hacerse indispensable. La fama hace, en alguna medida, inmortal a quien la posee. Y, sobre todo, le rescata del olvido, que es uno de los máximos castigos que puede tener el ser humano. Claro es que Gracián es muy riguroso con su concepto de fama y no la vende a cualquier precio, pues la suya está labrada con esfuerzo. Es el triunfo del ser humano universal, que se ha hecho transparente a sí mismo, conoce los rasgos de la sociedad y ha logrado actuar según las leyes de la agudeza y del comportamiento equilibrado y racional. En todo eso consiste "ser una persona". La fama es, en cierta medida, el regalo que recibe, casi siempre de forma gratuita y nunca buscada,

quien ha sabido construirse a sí mismo como una obra de arte. Es una consecuencia del buen comportamiento. El olvido, por el contrario, es el castigo de quienes no han llegado a ser personas, o de aquellos que sólo han querido labrarse una reputación sin verdadero fundamento.

En cualquier caso, la referencia a la fama como corona de una vida es significativa en Gracián. Resultado del propio esfuerzo, parece acompañar a quienes se comportan de forma heroica y discreta, a cuantos se han construido a sí mismos. La fama hace inmortales a quienes la poseen, y eso es lo que importa a Gracián. Él sabe muy bien que la memoria y el recuerdo son premios sin precio. Claro que semejante actitud no sería compartida por muchos, para quienes el olvido es el descanso y la puerta de la liberación. Gracián nunca lo entendió así. En ello se reveló como un clásico renacentista en la época en que el valor de la vida humana y de las propias obras era siempre reconocido con orgullo. Es una de las herencias que nos entregó y que debería ser justamente valorado.

LA INFLUENCIA DE GRACIÁN EN EL PENSAMIENTO EUROPEO

Gracián es uno de los escritores del Siglo de Oro que ha alcanzado una mayor notoriedad fuera de nuestras fronteras. Y este es un rasgo significativo, dado el progresivo aislamiento que la cultura española sufría desde los últimos años

del siglo XVI, frente a las nuevas corrientes literarias y filosóficas del resto de Europa. Muchas de sus obras fueron rápidamente traducidas a diversos idiomas europeos: francés, inglés, alemán, italiano, húngaro, polaco, rumano, holandés y latín. Gracián tenía una fama internacional; el carácter moralista de su obra y la notoriedad de su estilo contribuyeron a su difusión. Sin embargo, este éxito no se limita a las ediciones y traducciones de sus obras. Más importante aún es su influencia en el pensamiento europeo, especialmente en tres ámbitos: la tradición de los moralistas franceses, la novela ilustrada y la filosofía alemana del siglo XIX.

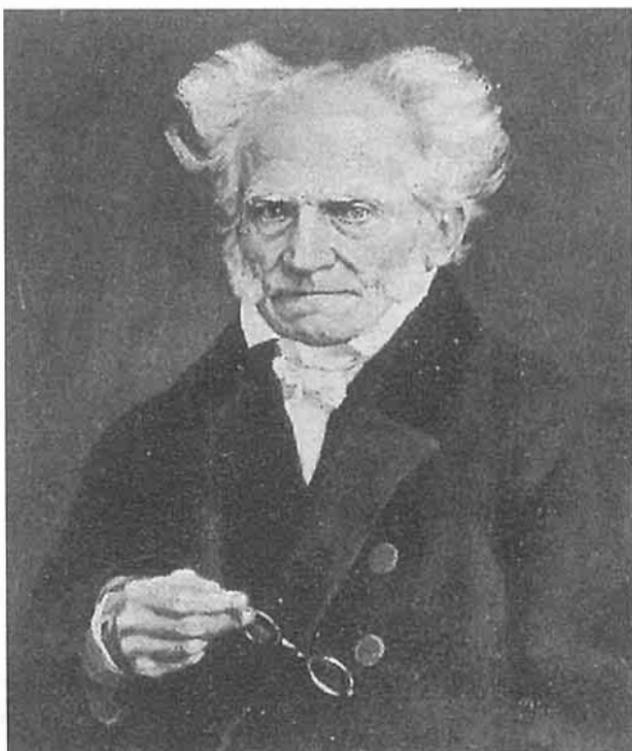
Los grandes moralistas franceses del siglo XVII escribían en máximas, aforismos y fábulas muchos de sus pensamientos e hicieron del aforismo un género de importancia literaria extraordinaria. La Rochefoucauld y La Bruyère leyeron a Gracián y sus obras muestran la herencia del aragonés. Esta influencia francesa se extendió a Pascal y a Corneille, quien admiró *El Héroe* de Gracián. También la literatura cortesana de los principados alemanes muestra influjos de *El Discreto*, que fue conocido fundamentalmente como un manual de urbanidad.

Gracián influyó también en la tradición novelística de la época de la Ilustración. El gran escritor francés Voltaire quedó impresionado por la lectura de *El Criticón* y su novela *Cándido*, que tanta fama alcanzó, tiene huellas de esa lectura. De la mano de Voltaire y de su influencia en la cul-

tura europea del siglo XVIII, Gracián llega a ser ampliamente conocido en la Europa de las Luces. Obras como el *Telémaco* de Fénélon y el *Emilio* de Rousseau tienen evocaciones de *El Criticón* y de sus personajes, Andrenio y Critilo. En suma, la gran novela de Gracián se encuentra presente en la tradición europea de novelística moral y filosófica que tan relevante fue en tiempos de la Ilustración.

Pero es en la filosofía alemana del siglo XIX donde la influencia de Gracián será más evidente y alcanzará mayor trascendencia. Arthur Schopenhauer fue su introductor en el ámbito filosófico: leyó a Gracián en castellano y consideró que *El Criticón*, junto a *Los viajes de Gulliver* de Jonathan Swift y *El Quijote* de Cervantes, eran los tres libros más importantes de la cultura europea. Fascinado por la percepción crítica de Gracián, Schopenhauer tradujo al alemán los aforismos que componen el *Oráculo Manual*, aumentando la fama del jesuita aragonés. Bien puede decirse que algunos rasgos de la filosofía de Schopenhauer, como son el pesimismo y la crítica social, el significado moral de toda la reflexión, su concepto de voluntad y la exigencia del gusto y del estilo muestran la influencia del pensamiento de Baltasar Gracián.

A través de Schopenhauer, Gracián estuvo también presente en la obra del genial filósofo Friedrich Nietzsche. Éste valoró su estilo aforístico y su actitud crítica frente a la cultura y la moralidad de su tiempo, aun cuando el sentido de



*Arthur Schopenhauer, filósofo alemán del siglo XIX
y gran entusiasta de Gracián*

la obra de Gracián y de Nietzsche tengan una dirección diferente. Sin embargo, la reivindicación de Gracián no se limita a los siglos XVIII o XIX: uno de los más importantes pensadores alemanes del siglo XX, H. G. Gadamer, ha reconocido el valor de su obra; en especial, ha destacado cómo su concepto de “gusto” es un anticipador de algunas ideas

de Kant sobre el concepto de juicio estético y cómo Gracián es una importante referencia en el conjunto del pensamiento europeo de la modernidad.

Es cierto que el fino moralismo de parte de la obra de Gracián limita su alcance teórico, y que el aislamiento de la inquisitorial España contrarreformista mermó una influencia que pudo haber sido más extensa. Pero aun así, Gracián es una referencia indispensable de la tradición humanista europea, y la calidad de sus libros debe reconocerse más allá de toda escuela de pensamiento, moda filosófica o fama literaria.

Nuestro autor supo crear una “mirada universal” sobre el ser humano que siempre estuvo teñida de una ajustada amargura y un justificado desengaño. Gracián cumplió en sí mismo el mandato que había dictado a su héroe, a su político y a su discreto: labrarse una “fachada de distinción”. Y lo hizo con ironía, que es el único modo en que la verdadera distinción puede tenerse en pie.

BIBLIOGRAFÍA



Las más relevantes obras de Gracián pueden consultarse hoy día en buenas ediciones críticas. Puede verse también la edición de las obras completas realizada por Arturo del Hoyo (GRACIÁN, B.: *Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1967). Indicaremos aquí varios ensayos monográficos sobre la obra de Gracián que permiten un análisis de conjunto y que contienen referencias adicionales.

ANDREU CELMA, J. M.: *Gracián y el arte de vivir*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 1998. Una reciente tesis doctoral, que hace especial referencia al pensamiento de Gracián y a su concepto de “gusto” en el ámbito del Barroco.

AYALA, J. M.: *Gracián: vida, estilo y reflexión*, Cincel, Madrid, 1987. Obra introductoria, de carácter divulgativo, que centra su análisis en la filosofía y pensamiento de Gracián.

BATLLORI, M. y PERALTA, C.: *Baltasar Gracián en su vida y en sus obras*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 1969. Importante obra de referencia clásica redactada por dos de los más relevantes intérpretes jesuitas de la obra de Gracián.

CORREA CALDERÓN, E.: *Baltasar Gracián. Su vida y su obra*, Gredos, Madrid, 1970-1972. Un estudio clásico de la biografía de Gracián, con algunas opiniones polémicas.

EGIDO, A.: *La rosa del silencio. Estudios sobre Gracián*, Alianza, Madrid, 1996. Un excelente estudio crítico sobre la obra de Gracián, con abundantes referencias a la literatura de la época,

redactado por una de las más brillantes y reconocidas intérpretes actuales de Gracián.

HEGER, K.: *Baltasar Gracián, estilo y doctrina*, «Institución Fernando el Católico», Zaragoza, 1960 [reimpresión 1982]. Un estudio, ya clásico, con relevantes sugerencias sobre el estilo literario de Gracián.

HIDALGO SERNA, E.: *El pensamiento ingenioso de Baltasar Gracián. El «concepto» y su función lógica*, Anthropos, Barcelona, 1993. Un estudio sobre el concepto de “ingenio” en la obra de Gracián.

VV. AA.: *Gracián y su época. Actas de la I Reunión de Filólogos aragoneses*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 1986. Un conjunto de monografías que analizan diferentes aspectos de la obra de Gracián, redactadas por destacados especialistas.



- 1.- **Aragón y Europa** • Servicio EuroCAI
 - 2.- **La Santa Capilla del Pilar** • A. Ansón y B. Boloqui
 - 3.- **Los Tapices de La Seo** • Equipo Cai100
 - 4.- **Los botánicos aragoneses** • Vicente Martínez Tejero
 - 5.- **El traje tradicional en Aragón** • Jesús A. Espallargas
 - 6.- **La economía agroalimentaria en Aragón** • Luis Miguel Albisu
 - 7.- **Baltasar Gracián. La iluminada brevedad** • Ignacio Izuzquiza
- ||x||
- 8.- **La matacía** • José Ramón Marcuello
 - 9.- **La Navidad** • Equipo Cai100
 - 10.- **Los monasterios de Aragón** • Agustín Ubieto
 - 11.- **El Cid en Aragón** • Alberto Montaner
 - 12.- **Diseño industrial. Una perspectiva aragonesa** • Juan Manuel Ubiergo
 - 13.- **El clima de Aragón** • José María Cuadrat
 - 14.- **El nacimiento de Aragón** • Juan F. Utrilla
 - 15.- **Marcial** • Concha García Castán
 - 16.- **La industria en Aragón** • Adolfo Ruiz Arbe
 - 17.- **Los fotógrafos aragoneses** • Carmelo Tartón
 - 18.- **La cerámica aragonesa** • Isabel Álvaro
 - 19.- **El escudo de Aragón** • Equipo Cai100
 - 20.- **La medicina del siglo XVII en Aragón** • Asunción Fernández Doctor
 - 21.- **Gaspar Sanz, el músico de Calanda** • Álvaro Zaldivar
 - 22.- **El retablo de la catedral de Huesca** • Equipo Cai100
 - 23.- **El Ebro** • Amaranta Marcuello
 - 24.- **Magdalena, Navarro, Mercadal** • Ascensión Hernández
 - 25.- **Los fósiles en Aragón** • Eladio Liñán

